



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América

Dirección General de Estudios de Posgrado
Facultad de Letras y Ciencias Humanas
Unidad de Posgrado

**La configuración de los personajes históricos en la
novela El fuego en la niebla (2015)**

TESIS

Para optar el Grado Académico de Magíster en Escritura Creativa

AUTOR

José Luis VILLANUEVA VICTORIO

ASESOR

Dr. Mauro Felix MAMANI MACEDO

Lima, Perú

2020



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Villanueva, J. (2020). *La configuración de los personajes históricos en la novela El fuego en la niebla (2015)*. Tesis para optar el grado de Magíster en Escritura Creativa. Unidad de Posgrado, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú.

HOJA DE METADATOS COMPLEMENTARIOS

Código ORCID del autor	“—”
DNI o pasaporte del autor	25787401
Código ORCID del asesor	0000 0002 0021 5488
DNI o pasaporte del asesor	29468963
Grupo de investigación	“—”
Agencia financiadora	Autofinanciado
Ubicación geográfica donde se desarrolló la investigación	<p>Lima</p> <ul style="list-style-type: none"> • Longitud: 077°1'41.66" • Latitud: S12°2'35.45"
Disciplinas OCDE	<p>Otras humanidades</p> <p>http://purl.org/pe-repo/ocde/ford#6.05.01</p>

Nota: tomar en cuenta la forma de llenado según las precisiones colocas en la web.

https://sisbib.unmsm.edu.pe/archivos/documentos/recepcion_investigacion/Hoja%20de%20metadatos%20complementarios_30junio.pdf

UNIDAD DE POSGRADO
ACTA DE SUSTENTACIÓN DE TESIS DE
GRADO ACADÉMICO DE MAGISTER

A los catorce días del mes de agosto del dos mil veinte, siendo las 15.00 horas, vía Skype se reunió el Jurado de Grado integrado por los profesores Mg. Javier Julián Morales Mena (Presidente), Dr. Mauro Mamani Macedo (Asesor), Dr. Carlos Arámbulo López (Informante) y Mg. Gregorio Torres Santillana (Informante) para calificar la sustentación de la tesis titulada **LA CONFIGURACIÓN DE LOS PERSONAJES HISTÓRICOS EN LA NOVELA EL FUEGO EN LA NIEBLA (2015)**, presentada por el señor José Luis Villanueva Victorio Bachiller en Literatura, para optar el Grado de Magister en Escritura Creativa.

Hecha la exposición y absueltas las preguntas formuladas por el Jurado, éste acordó la siguiente calificación de acuerdo a lo establecido por el Reglamento General de Estudios de Posgrado.

Muy bueno (18)

Habiendo sido aprobada la sustentación de la tesis, el Jurado recomendó que la Facultad proponga que se le otorgue el grado académico de Magister en Escritura Creativa al bachiller **José Luis Villanueva Victorio**.

El acto académico de sustentación concluyó a las 18 horas.




Mg. Javier Julián Morales Mena
Presidente
Profesor Asociado T.C.



Dr. Mauro Mamani Macedo
Asesor
Profesor Principal D.E.



Dr. Carlos Arámbulo López
Informante
Profesor Auxiliar T.C.



Mg. Gregorio Torres Santillana
Informante
Profesor Invitado

ÍNDICE

Introducción	4
Capítulo 1. LAS TEORÍAS DEL PERSONAJE	11
1.1. El personaje	11
1.1.1. Las concepciones miméticas y antimiméticas: desde Horacio a la semiología del personaje de Hamon	15
1.2. Tipos de personajes	20
1.3. Funciones del personaje	26
1.4. La caracterización	31
2. LOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS Y LITERARIOS	44
2.1. Juan Santos Atahualpa en la Historia del Perú	44
2.2. El nuevo inca	44
2.3. La visión franciscana	45
2.4. La visión histórica y etnológica	51
2.5. La oralidad	75
2.6. Juan Santos Atahualpa en la literatura	80

3. ANÁLISIS DE LA PRODUCCIÓN	85
3.1. Elaboración del personaje Juan Santos Atahualpa	85
3.2. El narrador protagonista: Cosai	90
3.3. El personaje Antonio Gatica	92
3.4. El personaje Isabel	94
3.5. El personaje Meshari	96
3.6. Otros personajes	96
3.7. La voz narrativa. Elaboración del tiempo y el espacio. La realidad en la novela: estatuto ontológico	99
CONCLUSIONES	102
BIBLIOGRAFÍA	114

INTRODUCCIÓN

La figura de Juan Santos Atahualpa es enigmática. Su irrupción en la historia de las rebeliones indígenas del siglo XVIII suele dejar más preguntas que respuestas. Su aura mesiánica, su formación intelectual por encima del promedio, su mensaje milenarista y su fama de invencible han llevado a muchos autores a elogios hiperbólicos o a reticencias impregnadas de desprecio o indiferencia. Su intento de restauración del imperio del Tahuantinsuyo en la selva central cuarenta años antes que Túpac Amaru II lo convierte en uno de los precursores de la independencia del Perú. No obstante, su fama es aún insuficiente. Juan Santos Atahualpa es un héroe desconocido para la gran mayoría de peruanos. Por todas estas razones hemos querido escribir en clave de ficción parte de su historia, que es una parte importante también de la cosmovisión de las etnias amazónicas de la Selva Central del siglo XVIII.

El objetivo de nuestro estudio es explicar de una manera metódica, sistemática y progresiva la elaboración de los personajes en la novela *El fuego en la niebla* (2015). Nos hemos centrado solo en ese aspecto porque lo consideramos crucial: es el punto de partida para el planeamiento de una ficción, la dosificación de la información, la elección de la voz narrativa y es una de las bases de la verosimilitud. Se puede tener una trama perfectamente imbricada, un estilo delineado y singular, una voz narrativa definida o definidas si es que se quiere usar más de una voz, pero si los personajes son meros fantoches o marionetas sin alma, la ficción fallará.

Nuestro trabajo está dividido en tres capítulos interconectados secuencialmente en dos niveles simultáneos que van de lo general a lo específico y desde el campo teórico al campo operacional: 1) las teorías del personaje; 2) la investigación o documentación de carácter histórico; y 3) el análisis de la producción. Los dos primeros son de naturaleza teórica y constituyen antecedentes y bases del trabajo aplicativo, que se desarrollará en la tercera sección, que no es más que la ejemplificación de la técnica de la caracterización.

El primer capítulo es un recorrido brevísimo y esquemático por las vicisitudes del concepto del personaje, su tipología y funciones. Luego, nos centramos en la técnica de la caracterización. Iniciamos el examen con la teoría fundacional aristotélica del personaje, basada en la mimesis platónica: los caracteres son manifestaciones de las acciones de un personaje. Esta concepción clásica de naturaleza preceptiva por el cual el personaje es un elemento más de la trama y se encuentra subordinada a ella prevalecerá en las poéticas medievales y renacentistas, no obstante, el arte poético horaciano autoriza el uso de la imaginación en la dramaturgia. El progresivo resquebrajamiento de la noción de mimesis se va reflejando en las poéticas románticas que permiten el uso libre de la imaginación. En el campo teórico, los formalistas rusos continuaron con la tradición aristotélica de la preponderancia de la trama frente al personaje, por ejemplo, Vladímir Propp, al distinguir 31 funciones en los cuentos tradicionales rusos lo que hace es indicar que el personaje es una función más en una estructura. En efecto, si los cuentos atribuyen las mismas acciones a personajes distintos, variando solo sus nombres y los medios, un personaje sería algo así como un nombre desde donde solo se operan las acciones. Este derrotero clásico del personaje como agente de la acción es continuado por teóricos como

Greimas, Barthes, Todorov, Claude Bremond, aunque luego ellos evolucionarían su pensamiento hacia una postura antimimética. El formalismo norteamericano conocido como el *New Criticism* sostiene que la misión del poeta consiste en la creación de nuevos mundos y no tanto en la representación de la realidad. Asimismo, el teórico Doležel desarrolla una teoría de los mundos posibles que constituye un rechazo a las teorías miméticas y, por ende, una emancipación del mundo ficcional del mundo fáctico. Este nuevo énfasis en el personaje como una entidad distinta de las entidades reales se desarrolla también en la creación literaria en autores que ponen de relieve la figura del personaje en detrimento de las acciones de la trama, como por ejemplo ocurre en algunos de los textos de Joyce, Kafka, Cortázar, etc.

Luego, abordamos la tipología generalmente dicotómica de los personajes desde variados criterios, por ejemplo, desde la originalidad, la materialidad, la contradicción, el escenario, la jerarquía, la acción dramática, la calidad humana tomando como fuente la clasificación expuesta por el escritor Cronwell Jara Jiménez en su *Manual para escribir cuentos para niños* (2003). Asimismo, exponemos la famosa tipología dual de E.M. Foster de personajes planos y personajes redondos; la clasificación tripartita de Parsons: en autóctonos, inmigrantes y sustitutos. Después analizamos las funciones del personaje partiendo de su jerarquización esencialmente en las tramas clásicas o arquitramas: la función protagónica y la función antagónica, cuya fuerza en tensión depara el conflicto. De estas dos funciones primordiales se derivan siete funciones globales (la función protagónica, la función antagónica, la función coprotagónica, la función objeto, la función coadyuvadora del protagónico, la función coadyuvadora del antagónico y la función narradora) y específicas

(innumerables e inclasificables porque varían de acuerdo con la idiosincrasia de cada personaje) (Tamayo, 2016, p. 67-76). Finalmente explicamos el concepto, procedimientos, etapas y tipos de la caracterización, que es la técnica fundamental para la construcción de los personajes. Utilizamos como base la técnica de Field, las clasificaciones de los biotipos y psicotipos de Krestschmer y de Sheldon para los personajes de conducta desviada, conscientes de que los procedimientos expuestos son moldes flexibles para la creación ficcional, pasible de modificaciones.

La importancia de este primer capítulo es fundamental. El escritor que aspire a construir ficciones coherentes y con cierta dosis de verosimilitud deberá conocer en la medida de lo posible toda la tradición que tiene detrás de él. Esto le permitirá utilizar la técnica de la caracterización con eficiencia y desencadenar los conflictos de la trama, establecer con precisión y anticipación los obstáculos en la consecución del objetivo u objetivos del protagonista o protagonistas, elegir el narrador, dosificar la información, enlazar la causalidad en la trama y bosquejar con claridad el desenlace.

El segundo capítulo constituye el estudio de los antecedentes. Es la búsqueda exhaustiva de la información de los acontecimientos y personajes históricos, en otras palabras, es la etapa de la documentación. No solo es la recepción de los meros datos, sino su selección, evaluación y crítica. Comenzamos con la distinción de tres vertientes que se han usado al abordar el estudio de la rebelión de Juan Santos Atahualpa: 1) la vertiente negativa de raíz franciscana basada en la religión católica representados por José Amich, José de la Riva Agüero, Fernando Rodríguez Tena, el padre Bernandino Izaguirre, el padre Dionisio Ortiz. Es la primera tentativa de historiar la rebelión (Amich). La victoria de Juan

Santos Atahualpa es explicada en términos religiosos, es decir, como un castigo divino. Es una vertiente letrada, básicamente. 2) La vertiente académica, que tiene como característica partir de la historia u otra ciencia social como la antropología o la etnología. Su carácter es generalmente letrado. Dentro de esta tendencia los investigadores se desplazan entre dos extremos: los que enfatizan la figura del héroe a niveles exagerados y los que lo relativizan la rebelión hasta el desprecio. Dentro de los académicos apasionados tenemos básicamente a Francisco Loayza y a los despectivos, a Rubén Vargas Ugarte. En una postura más o menos conciliatoria entre los polos podemos mencionar a los estudiosos Manuel Mendiburu, Daniel Valcárcel, Alberto Flores Galindo, Juan José Vega, Steve Stern, Stefano Varese, Alonso Zarzar, Mario Castro Arenas, Fernando Santos Granero, Arturo E. de la Torre, etc. 3) La vertiente oral fundamentalmente recoge las distintas versiones de la muerte de Juan Santos Atahualpa, no obstante, Pablo Macera y Enrique Casanto recolectaron una versión general de la rebelión desde la perspectiva de los asháninkas. Eso es novedoso. Fue Enrique Casanto, en realidad, quien recolectó la versión oral y la convirtió en un texto escrito. Pablo Macera escribió el contexto histórico. El resultado fue una obra bilingüe que muestra la cosmovisión indígena y su visión mítica de la rebelión. Otro aspecto al que nos hemos dedicado en este capítulo es el rastreo literario de la rebelión de Juan Santos Atahualpa en el Perú y en la literatura española. Así, descubrimos que tal vez el primer escritor en tratar la rebelión de una manera ficcional es José Santos Chocano en su obra *El Derrumbe* (1899) cuya segunda versión aparece casi al final de *Alma América* (1906).

Este segundo capítulo no solo posibilita la elaboración del perfil de la gran mayoría de los personajes con sus respectivos objetivos trazados de antemano,

sino que ayuda asimismo a tener un panorama amplio de la época que se va a recrear desde diversos ángulos: el aspecto histórico, etnológico y literario. El conocimiento de la secuencia de los hechos históricos permite a su vez trazar una línea de tiempo básica sobre la que el narrador podrá introducir el conflicto o los conflictos de los personajes protagonistas y los antagonistas que se amolden a la línea de tiempo. También se podrá añadir historias alternas, paralelas y simultáneas, eligiendo el orden que mejor se crea conveniente.

El tercer capítulo es el análisis de la producción, es decir, es el ejemplo de aplicación de la teoría del personaje y la documentación histórica en la creación literaria. En efecto, con el material recopilado aplicamos la técnica de la caracterización confeccionando para ello un perfil de cada personaje antes de escribir la ficción. Hemos utilizado básicamente el esquema de Field: vida interior y vida exterior, de una manera flexible, acomodándolo a nuestras necesidades específicas. Con la vida interior hemos trazado la biografía implícita de todos los personajes de manera que no haya vacíos vitales, contradicciones o incoherencias en los personajes. En la vida exterior, hemos agregado o quitado según nuestras necesidades los tres componentes profesional, personal y privado, por ejemplo, y los hemos sustituido en componentes físico, sociológico y psicológico (la triple dimensionalidad de Lajos Egri). Además, en los personajes de conducta desviada o delincuencial hemos utilizado la tipología de Kretschmer y de Sheldon. Así, hemos procedido con la elaboración del perfil de Juan Santos Atahualpa, el personaje narrador Cosai, el primer lugarteniente de la rebelión Antonio Gatica, Isabel (con ella no aplicamos la tipología de Kretschmer y de Sheldon por no ser un personaje de conducta delincuencial), el shirimpiáre Meshari, Jesús, Francisco Nanque, etc. Finalmente, se explica la elección de

utilizar la primera persona gramatical en aras de la verosimilitud: en una novela donde el desamor es el tema fundamental la impersonalidad de la tercera persona no sirve o no es lo más acertado. Esta selección implica la naturaleza de la realidad espacial y temporal de la novela (un espacio fantástico y un tiempo cíclico), es decir, su estatuto ontológico peculiar determinado por la condición del personaje narrador, esto es, el largo monólogo de un fantasma.

CAPÍTULO 1

LAS TEORÍAS DEL PERSONAJE

En este primer capítulo analizaremos de una manera esquemática las más importantes teorías propuestas sobre los personajes desde los estudios fundacionales de Aristóteles hasta los aportes semiológicos de P.H. Hamon, seguidas de su respectiva crítica y evaluación. Luego explicaremos las principales tipologías existentes y sus funciones. Después trataremos y ejemplificaremos la técnica de la caracterización. Finalmente, sintetizaremos la información.

1.1. EL PERSONAJE SEGÚN ARISTÓTELES: EL POETA COMO UN BUEN RETRATISTA

La *Poética* de Aristóteles es un intento de racionalización de la actividad teatral, en especial, de la tragedia de su tiempo (Mas, 2000). Identifica el Estagirita dentro de ese contexto griego seis elementos: trama, caracteres, lenguaje, pensamiento, espectáculo y música. La primera en importancia es la trama o la organización de los hechos; la segunda son los caracteres, que podría definirse como todo aquello que manifiesta la índole de las elecciones de los personajes, vale decir, sus acciones. Hay que recordar que para Aristóteles, siguiendo la noción de mimesis platónica, un personaje es la imitación de las acciones de una persona. Ejemplifica esta jerarquización de los elementos constitutivos de la tragedia afirmando que sin trama no hay tragedia. No obstante, puntualiza que sin caracteres, sí hay tragedia. Esto quiere decir que sí puede existir una obra

trágica, incluso si los personajes adolecen de inconsistencias o desemejanzas, pero no puede sostenerse una tragedia sin las acciones concatenadas que configuran la trama. Como anota el traductor Salvador Mas, a Aristóteles no le interesa la estructura psíquica de los personajes, solo las acciones y la trama (Aristóteles, 2000, p. 79). Añade agudamente que los poetas principiantes dominan el lenguaje y la construcción de los caracteres antes que la elaboración de la trama que supone un trabajo de mayor envergadura y experiencia.

Estos caracteres deben poseer 4 cualidades en la obra trágica: 1) deben ser buenos, o sea, sin deficiencia moral; un carácter se manifiesta a través de sus palabras y acciones: si el carácter es bueno, la elección que escoge es buena, por ejemplo; 2) deben ser adecuados (un carácter puede ser viril, pero una mujer no debe tener un carácter viril o aterrador); 3) deben ser semejantes a la imagen tradicional que los espectadores tiene de ellos, o sea, con las personas reales y 4) deben ser consistentes, esto es, que no cambien de opinión, que sean coherentes consigo mismos. Precisa que si un carácter es inconsistente, este debe ser consistente en su inconsistencia (Aristóteles, 2000, p. 98-99).

Cada una de estas cualidades es ejemplificada con una obra concreta. Así, por ejemplo, un personaje que no es bueno, sino que revela una maldad gratuita es el Menelao del *Orestes* de Eurípides. La segunda cualidad de carácter no adecuado es la queja femenina de Ulises en la *Escila* de Timoteo y el conocimiento exhibido por Melanipa en una obra perdida de Eurípides llamada *Melanipa, la sabia*. Un ejemplo de inconsistencia en el carácter es la súplica inicial de Ifigenia cuando le anuncian su sacrificio y luego su fortaleza al aceptar su muerte por conservar el bienestar de Aquiles.

En estos caracteres se debe buscar dos elementos que son lo necesario o lo probable: un carácter debe actuar como es necesario o como es probable que deba hacerlo, tal como en la trama las acciones que devienen son necesarias o probables que ocurran, conforme a la causalidad y no al *deus ex machina* o intervención divina en la trama. Un personaje posee un determinado carácter y debe actuar conforme a él, porque posee ese mismo carácter y no otro. (Mas, 2000, p. 100). Aristóteles, por último, aconseja o prescribe al poeta o dramaturgo que debe ser como el buen retratista: no solo debe procurar la semejanza del hombre superior al que retrata en la tragedia, sino hacerlo mejor de los que en realidad es, o sea, excelente.

Los siguientes elementos de la tragedia que faltan explicar someramente son las siguientes: el lenguaje, que es la expresión de sentido mediante la palabra, tanto en verso como en prosa; el pensamiento, que es la capacidad de decir lo debido y lo conveniente, tareas de los políticos y los retóricos. Los elementos restantes, es decir, la música y el espectáculo contribuyen a la atracción y a la fascinación que ejercen sobre el público, pero son ajenos o distantes al arte del poeta.

ELEMENTOS	TRAGEDIA
1. TRAMA	Organización de los hechos
2. CARACTERES	<p>Manifiesta la índole de las elecciones de los personajes. Deben tener 4 cualidades:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Deber ser bueno 2. Debe ser adecuado

	3. Debe ser semejante 4. Debe ser consistente
3. LENGUAJE	Expresión del sentido por medio de las palabras
4. PENSAMIENTO	Capacidad de decir lo que se debe y conviene decir
5. ESPECTACULO	Elemento alejado del arte poético, pero fascinante
6. MÚSICA	Elemento que contribuye a la conformación atractiva a las tragedias

La poética. Aristóteles.

Antes de analizar el estudio de Aristóteles debemos recordar que su texto es de naturaleza descriptiva y prescriptiva, enmarcado en el contexto de la producción teatral griega del siglo IV a. C, que se limita, básicamente a la tragedia. Es un libro destinado al uso interno de la escuela de filosofía, no obstante, es un texto que nos ha llegado incompleto y abundante en lagunas. Además, debemos contar con los obstáculos insalvables de las traducciones. Por estas razones expondremos sus ideas con las limitaciones del caso, dejando constancia de su insuficiencia, sin dejar de reconocer su carácter fundacional.

Lo primero que tenemos que decir es que su jerarquización de los elementos de la tragedia no es ya pertinente. La trama, como imbricación de acciones, ha sufrido a lo largo de la historia un proceso de reflexión que la ha llevado a ser más compleja, incluso hasta su negación en lo que se denomina la antitrama

(McKee, 2011). Sobre la afirmación de que no existe tragedia sin trama, pero de que existe tragedia con caracteres es falsa solo la primera proposición, pero la segunda sigue aún vigente. En efecto, puede existir una trama con personajes fantoches o mal contruidos, no obstante, el resultado final sería deleznable. Su existencia ni implica calidad o valor. En cambio, la construcción de un personaje original con una personalidad singular puede conferir calidad y vigencia a una obra e incluso imponerse en la realidad, aunque se trate de una obra con una trama simple o deficitaria. Elaboremos unas cuantas preguntas para superar el esquema aristotélico: ¿Se imitan a los mejores solamente? ¿Y las personas comunes y corrientes no pueden tener cabida en las tragedias? ¿Y los personajes no pueden evolucionar, es decir, cambiar de opinión o de conducta debido a comprensiones esclarecedoras o castigos de naturaleza diversa? Con el paso de los siglos, de manera gradual la ruptura de las severas prescripciones del neoclasicismo deudor de las prescripciones aristotélicas, permitió a los románticos y autores posteriores admitir personajes de toda laya en el teatro dramático. Esta libertad flexibilizó los límites aristotélicos de tal manera que en la actualidad los personajes son entidades elaboradas, generalmente, con retazos de varias personas, proteiformes y densos, capaces de evolucionar o degradarse. En otras palabras, no se puede ser un buen retratista como quiere el consejo aristotélico, sino un buen pintor con la imaginación suficiente para inventar personajes hechos de fragmentos de varias otras, aun así sean personajes históricos, en cuyo caso hablaríamos de una invención a partir de un modelo o retrato, que lo constriñe con cualidades específicas predeterminadas.

1.1.1. LAS CONCEPCIONES MIMÉTICAS Y ANTIMIMÉTICAS: DESDE HORACIO A LA SEMIOLOGÍA DEL PERSONAJE DE HAMON

Aristóteles influyó en las reflexiones literarias de los siglos subsiguientes con su libro *Poética*, pero no fue el único autor importante en hacerlo. Debemos tomar en cuenta los pensamientos de otro clásico posterior: Horacio (65 a. C- 8 a. C), quien no leyó al filósofo griego, pero que sí coincidió con él en varios aspectos. Precisemos que Horacio escribió su poética en forma epistolar, como luego harían autores modernos y posmodernos (me refiero al poeta Rilke y al novelista Mario Vargas Llosa, en poesía y en novela, respectivamente). La poética horaciana es peculiar, pues está en versos (luego haría algo similar Lope de Vega), dirigido a un grupo denominado los Pisones. Carece de un plan sistemático y riguroso. La obra abarca varias aristas sobre el proceso de la creación artística, pero nosotros nos centraremos solamente en los personajes. Enfatizamos ahora sí que el aspecto central que une a Aristóteles y Horacio es el arte como imitación o mimesis de la realidad. Es su punto de conexión. No obstante, Horacio da pie a la libertad de imitación, que Aristóteles no posee o no afirma con la suficiente claridad, e introduce el poder de la imaginación en la manufactura artística, es decir, su noción de mimesis no es imitación de la realidad exclusivamente. Tal vez este sea el aporte más significativo de la poética horaciana. “Sigue la tradición o inventa personajes consecuentes”, escribe Horacio en el verso 119 de su poética (Horacio, 2006, p. 232). De manera coincidente incide en el consejo aristotélico de la coherencia que debe guardar el personaje: “Si emprendes un argumento aún no escenificado y osas imaginar un nuevo personaje, que hasta el fin se mantenga como empezó, coherente consigo mismo”, escribe en los versos 125-127 (Horacio, 2006, p. 232). Otro de los consejos horacianos útiles hasta nuestros días para la construcción de cualquier personaje es la investigación de las costumbres de cada edad y los

caracteres, que no son fijos en el tiempo, sino variables y constantes, expresados en los versos 156-157 (Horacio, 2006, p. 235). Es lo que podríamos designar actualmente con la etapa de elaboración de perfiles de los personajes utilizados, por ejemplo, de manera más explícita en los guiones de cine.

En suma, podemos afirmar que la naturaleza preceptiva y la concepción mimética del arte de Aristóteles prevalecieron en los primeros siglos de la historia de la literatura. En efecto, las preceptivas medievales y renacentistas mantuvieron la noción mimética del personaje subordinado a la trama, sin embargo, no es ya en ellos la mera copia de acciones de personajes reales, sino que se permitió al artista usar el ámbito de la imaginación (Horacio), cuya importancia en la construcción de los mundos ficcionales ha sido crucial (Doležel, 1988). Los formalistas rusos y algunos narratólogos franceses reanudaron esta preponderancia de la trama, -donde el personaje es un elemento más a servicio de las acciones- aunque luego Todorov y Barthes afinaron su postura aristotélica y reivindicaron la importancia del personaje (Sánchez Alonso, 1998, p. 92). Así, Vladimir Propp distingue 31 funciones del inicio, nudo y desenlace en la morfología de los cuentos tradicionales maravillosos rusos. ¿Y qué significan estas funciones, sino dar preponderancia a la trama y señalar que un personaje solo es una función en una estructura? Propp concluye que los cuentos atribuyen las mismas acciones a personajes distintos, es decir, solo varían los nombres y los medios: el personaje sería algo así como un dispositivo verbal o un mero nombre desde donde se operan acciones. Por lo tanto, se pueden estudiar los cuentos a partir de las funciones de los personajes que constituyen los elementos del cuento folklórico, esto es, su morfología (Propp, 1928).

En esta misma línea de raíz aristotélica del personaje como agente de la acción se inscribe Greimas, Barthes, Todorov, Claude Bremond, aunque posteriormente ellos giraron la atención puesta en las acciones y pusieron en relevancia la figura del personaje (Sánchez Alonso, 1998: 97). Asimismo, Seymour Chatman afirma que los formalistas y algunos estructuralistas se asemejan a Aristóteles en sostener que los personajes son resultados de las tramas, entidades secundarias con un mero estatuto funcional y que ciertos narratólogos franceses siguen en parte los postulados formalistas en concebir que los personajes son medios y no fines de la historia (Chatman, 1978, p. 119- 120). Para este autor la preferencia aristotélica de los formalistas y algunos estructuralistas que subordinan el personaje a la trama y también a los que sostienen lo contrario, es decir, defienden la prioridad del personaje sobre la trama no es significativa. Es un falso problema. Sin embargo, él mismo concibe al personaje de las narraciones verbales, que llama *existente* siguiendo a Meinong, como un signo complejo constituido por una faceta paradigmática, con rasgos que ayudan a distinguir a los existentes, y otra sintagmática, referida a la cadena de acontecimientos, (Sánchez Alonso, 1998, p. 97) y, por lo tanto, se le puede inscribir dentro de la línea aristotélica.

La ruptura del paradigma del personaje sometido a la estructura de la trama en un nivel literario y no crítico se produce con las novelas realistas del siglo XIX y las novelas experimentales del siglo XX. Basta recordar una obra paradigmática: el *Ulises* de Joyce para ejemplificar la crisis o el desplazamiento de la trama en la novela en pro de la desmesura en la importancia del personaje. En el campo de la crítica, una rama del formalismo, la del formalismo norteamericano conocido como *New Criticism* también sostiene una postura antimimética porque

afirman que la misión del poeta consiste en la creación de nuevos mundos y no tanto en la representación del mundo fáctico. La introducción de la imaginación en la construcción de los mundos ficcionales ayuda a socavar la primacía de la literatura mimética (precepto de los románticos de raíz clásica). Luego, teóricos literarios como Martínez Bonati y Doležel defenderían una postura antimimética. Basta recordar la semántica de los mundos posibles de Doležel (Sánchez Alonso, 1998, p. 93).

Finalmente P. H. Hamon asume que el personaje tiene una dimensión semiológica (un personaje es una construcción textual y es una reconstrucción del lector) en el cual el nombre –que no es necesariamente gratuito ni arbitrario– conformado por un deíctico, un pronombre o simples iniciales funcionaría como el *significante*, en el que los verbos y los adjetivos funcionarían como el *significado*. Estos significados acumulados se constituyen en *adjetivos narrativos* que son convertidos en signos de identidad del personaje, lo justifican u oponen a otro (Sánchez Alonso, 1998, p. 98). Según Hamon, existen tres tipos de signos: referenciales, deícticos y anafóricos, de los cuales nacen los tres tipos de personajes: los referenciales (los personajes históricos, por ejemplo, con quienes se puede establecer referencia en el mundo fáctico), los personajes deícticos o personajes-conmutadores en el flujo de la información (son los portavoces, coros, por ejemplo, los interlocutores de Sócrates) y los personajes-anáforas, que funcionan como señales mnemotécnicas dirigidos al lector, como predictores (los ejemplos son los personajes informadores de Propp). En síntesis, el personaje sería como un morfema constituido por un significante discontinuo que remite un significado también discontinuo, cuyo valor o sentido es definido por un haz de relaciones sucesivas o simultáneas de semejanza, oposición,

jerarquía y ordenación con los otros personajes y elementos de la obra en un contexto próximo (con los personajes de la misma narración) o lejano (personajes del mismo tipo). (García Landa, 2011, p. 2).

Veamos algunos cuadros que sintetizan la información:

EVOLUCIÓN DE LA CONCEPCIÓN MIMÉTICA EN LA TEORÍA LITERARIA Y EN LA LITERATURA

LÍNEA MIMÉTICA	<p>NIVEL TEÓRICO</p> <p>(Aristóteles, Horacio, preceptivas medievales y renacentistas, Vladimir Propp, algunos formalistas rusos y narratólogos franceses en su fase mimética: Greimas, Barthes, Todorov, Claude Bremond, Seymour Chatman)</p> <p>NIVEL LITERARIO</p> <p>Dramaturgia griega, romana. Literatura medieval y renacentista. Literatura moderna</p>
LÍNEA ANTIMIMÉTICA	<p>NIVEL TEÓRICO</p> <p>New Criticism (rama del formalismo norteamericano), Greimas, Barthes, Todorov, Claude Bremond (en su fase antimimética), Martínez Bonati, Doležel, Hamon.</p> <p>NIVEL LITERARIO</p> <p>Literatura contemporánea: Joyce, Kafka, Cortázar</p>

12 LA TIPOLOGÍA DE LOS PERSONAJES

Diversos teóricos literarios y escritores han clasificado los personajes en tipos generalmente duales. Se podría afirmar que es una tipología tradicional dividirlos en personajes simples y complejos, planos y redondos, principales y secundarios, etc. El escritor peruano Cronwell Jara Jiménez, utilizando varias fuentes sin especificar, establece una tipología con ejemplos de cuentos exclusivamente infantiles según distintas perspectivas: según la originalidad se dividen en personajes desde el punto de vista interior (se refiere a los rasgos psicológicos, a las virtudes o cualidades mágicas, como el hada madrina de la cenicienta) y desde el punto de vista exterior (referido a los aspectos físicos de los personajes).

Desde el punto de vista de la materialidad los personaje se dividen en concretos (perceptibles por los sentidos y semejantes con los modelos humanos y materiales, emparentado con la exigencia de la semejanza aristotélica, como las princesas de los cuentos infantiles) y abstractos (personajes intangibles o imperceptibles en la realidad, como por ejemplo, un hada madrina, un gnom, un fantasma, inclusive entidades posibles de ser corporificadas, como el tiempo y la muerte).

Desde el punto de vista de la contradicción, los personajes se dividen en personajes protagonistas (sobre los cuales recae el peso del drama al perseguir sus diversos intereses hasta el punto que no existe personaje protagonista que no tenga intereses que defender y personajes antagonistas (son los que se oponen a los deseos e intereses de los protagonistas de tal manera que el autor afirma que a mayor oposición, mayor tensión dramática); sin embargo, esta división dicotómica es afinada mediante la advertencia de que el mismo personaje protagonista puede desdoblarse y convertirse en su propio

antagonista expresado en contradicciones y pugnas internas: la conciencia del protagonista es como un campo de batalla; asimismo añade a esta división a los personajes ayudantes de los protagonistas, quienes asisten las exigencias y necesidades del protagonista y a los personajes ayudantes de los antagonistas, quienes los apoyan en sus exigencias; ambos roles pueden intercambiarse, es decir, el ayudante del protagonista puede convertirse en ayudante del antagonista y viceversa.

Otro de los criterios analizados es el del personaje desde la perspectiva de la jerarquía: el personaje principal, el personaje secundario y el personaje referencial. El personaje principal puede ser tanto el protagonista como el antagonista; el personaje secundario es aquel cuya presencia es pasajera, de acciones no necesariamente relevantes en la trama y en ello radica su diferencia con los personajes ayudantes del protagonista y con los ayudantes del antagonista, quienes sí son importantes en la trama. El escritor Cronwell Jara Jiménez pone como ejemplo de personaje secundario los tres ogros de la historia del sastrecillo valiente. El personaje referencial, en cambio, es meramente ornamental, casi como un elemento del decorado, algo así como el extra de las películas: utiliza el ejemplo de los cisnes que ve el patito feo.

El otro criterio desde la perspectiva del escenario divide al personaje en presente y ausente-presente. El personaje presente es aquel que desarrolla sus acciones en el escenario del cuento y que puede aludir al protagonista, antagonista y sus ayudantes respectivos. El personaje ausente-presente solo es mencionado o aludido por los protagonistas, o sea, está ausente solo del escenario en el sentido físico, no del drama, como Dulcinea del Toboso en el *Quijote de la Mancha* o el señor Godot de la obra *Esperando a Godot*.

La otra división es según la perspectiva de la acción dramática que divide a los personajes en testigo pasivo y en testigo activo. El personaje testigo pasivo es aquel que observa las acciones sin intervenir por incapacidad o por falta de voluntad, asimismo puede estar fuera del drama. El personaje testigo activo es testigo de lo que a él mismo le sucede, describe su propia experiencia en primera persona.

Por último, el autor divide al personaje desde la perspectiva de la calidad humana en personajes planos, esquemáticos o estereotipados y en personajes redondos, complejos o psicológicos. El primero no es convincente ni en sus actos ni en sus palabras. Es inverosímil, pues posee características psicológicas poco complejas y sus conocimientos no se ajustan a su profesión. Es acartonado, estereotipado, sin las contradicciones del ser humano. En otras palabras, no convence en el rol asignado; en cambio, el personaje redondo posee una conducta compleja, difícil de definir o encasillar. Exhibe contradicciones, ambigüedades y un conocimiento acorde con su oficio, por lo tanto, es más parecido al ser humano (Cronwell Jara Jiménez, 2003, p. 88).

CLASIFICACIÓN DESDE LA PERSPECTIVA DEL PERSONAJE:

LA ORIGINALIDAD	Personaje desde el punto de vista interior (los rasgos psicológicos, las virtudes o cualidades mágicas) Personaje desde el punto de vista exterior (aspecto físico de los personajes)
LA MATERIALIDAD	Personaje concreto Personaje abstracto

LA CONTRADICCIÓN	Personaje protagonista Personaje antagonista Ayudante del protagonista Ayudante del antagonista
EL ESCENARIO	Personaje presente Personaje ausente-presente
LA JERARQUÍA	Personaje principal Personaje secundario Personaje referencial
LA ACCIÓN DRAMÁTICA	Personaje testigo pasivo en la acción dramática Personaje testigo activo en la acción dramática
LA CALIDAD HUMANA	Personaje “plano”, esquemático o estereotipado Personaje “redondo”, complejo o psicológico

Fuente: Cronwell Jara.

Esta última clasificación de los personajes planos y redondos pertenece a la tipología dual de E.M. Foster, que Cronwell Jara Jiménez no menciona, quien en su libro *Aspectos de la novela* (1956) divide a los personajes en planos y redondos. Los primeros se limitan a repetir un estereotipo, a condensar una sola cualidad o defecto humanos. Niegan al personaje espesor psicológico y son previsibles, fácilmente comprensibles por los lectores. Los cuentos de hadas y la mayoría de novelas juveniles –las de menores exigencias- constituyen ejemplos de personajes planos. Los personajes redondos, en cambio, no obedecen a modelos firmes e invariables, como los personajes planos, sino que son multidimensionales, imprevisibles, profundos y complejos en aspectos psicológicos, afectivos, emocionales, etc. Son más semejantes a las personas

reales, porque cambian o son pasibles al cambio. Son asimismo menos comprensibles que los personajes planos, no obstante, establecen lazos más profundos con los lectores (Tamayo San Román, 2016, p. 56-59).

TIPOS DE PERSONAJE SEGÚN E.M. FOSTER (1956)

Personajes Planos	Repiten un estereotipo. Condensan una cualidad o defecto. No poseen espesor psicológico.
Personajes Redondos	Son imprevisibles, profundos y complejos en múltiples aspectos. No obedecen a modelos invariables.

Por último, mencionaremos una tipología tripartita basada en la idea de que los personajes no tienen consistencia en el mundo actual, sino que pertenecen al estatuto ontológico especial de los mundos posibles, que son productos de la imaginación y coexisten con el mundo real: la tipología de Parsons. Para él, los personajes son objetos no existentes, pero dotados de propiedades espacio-temporales. Divide a los personajes en autóctonos, inmigrantes y sustitutos. Los primeros son los creados por el autor; los segundos, provienen del mundo exterior, es decir, del mundo real o de otros textos y los últimos aluden a un ente real, cuyas características fueron modificadas. (Garrido, 1997: 14).

CLASIFICACIÓN DE LOS PERSONAJES SEGÚN PARSONS (1980)

PERSONAJES AUTÓCTONOS	Son creados por el autor
-----------------------	--------------------------

PERSONAJES INMIGRANTES	Proviene del mundo exterior (el mundo real)
PERSONAJES SUSTITUTOS	Aluden a un ente real, pero modificados por el autor

13. LAS FUNCIONES DE LOS PERSONAJES

El objetivo perseguido por el personaje otorga una doble funcionalidad en la estructura de la historia (Tamayo, 2016, p. 63). Los personajes poseen una jerarquización en la trama. Según su grado de participación se despliegan dos funciones fundamentales: la función protagónica y la función antagónica, que son funciones estructurales. En las tramas clásicas o arquitramas, que poseen causalidad, un final cerrado, un tiempo lineal, un conflicto externo, una realidad coherente y un protagonista activo la función protagónica y antagónica es inherente. En las tramas heterodoxas llamadas minitramas y antitramas, caracterizadas las primeras por un final abierto, conflicto interno, protagonistas pasivos y múltiples; y las segundas por la casualidad, tiempos no lineales y una realidad no coherente las funciones protagónicas y antagónicas se diluyen o subsisten de manera débil. Las funciones protagónicas y antagónicas pueden establecer nuevas posibilidades de jerarquización (McKee, 2009: 68).

ARQUITRAMA O DISEÑO CLÁSICO	MINITRAMA O MINIMALISMO	ANTIESTRUCTURA O ANTITRAMA
Protagonista activo	Protagonista pasivo	Casualidad

Conflicto externo	Protagonistas múltiples	Tiempo no lineal
Tiempo lineal	Conflicto interno	Realidades
Causalidad	Final abierto	incoherentes
Realidad coherente		
Final cerrado		

(Fuente. *El Guion*. Mckee, 2009)

La función protagónica debe recaer necesariamente en un personaje, no obstante, la función antagónica, en cambio, puede recaer en una condición política, geográfica o corporal, en fin, en toda entidad que constituya un obstáculo en la consecución de los deseos del protagonista, sea animada o inanimada. La tensión entre estas dos fuerzas que se oponen es la que depara el conflicto. Aunque básicamente Tamayo identifica funciones globales y específicas derivadas de estas dos funciones fundamentales y las aplica a personajes fílmicos, son también aplicables a los textos narrativos verbales (novelas y cuentos). Incluso reconoce que las funciones específicas son equiparables al rol actancial y al rol temático del personaje investigados por Greimas. Distingue 7 funciones globales: la función protagónica, la función antagónica, la función coprotagónica, la función objeto, la función coadyuvadora del protagónico, la función coadyuvadora del antagónico, la función narradora.

La función protagónica es esencial e imprescindible para la eficiencia narrativa, ligada estructuralmente a la ficción dramática centrada en un individuo o grupo. La función coprotagónica se aplica a los personajes ligados por vínculos

generalmente emotivos, que permiten la consolidación de las parejas atadas por el amor romántico, la amistad o la fraternidad. La función opuesta es la que se denomina coantagónica. La función objeto ocurre cuando un personaje es el objetivo del protagonista. Tamayo pone como ejemplo Olivia para el protagonista Popeye y el antagonista Brutus. En narrativa mencionaríamos, por ejemplo, la búsqueda incesante de la ballena blanca llamada Moby Dick por parte del capitán Achab. La denominada función coadyuvante del protagónico, que ya hemos visto al resumir la clasificación explicada por Cronwell Jara y que llamó ayudante del protagonista, consiste aplicado en los cuentos infantiles en la donación que realiza un personaje de un objeto mágico que ayuda al héroe, pero en un sentido más amplio constituye la ayuda de cualquier tipo que un personaje realiza al protagonista. El ejemplo cinematográfico es el del personaje Q en la saga de James Bond, cuyas armas tecnológicas permiten al héroe salir airoso de los peligros y celadas de sus enemigos. En los cuentos, podemos mencionar al hada madrina de Pinocho. Nuevamente, podemos argüir el mismo argumento que diferencia al personaje coadyuvante del protagonista del personaje secundario: su relevancia en la trama tanto en intensidad afectiva como en la frecuencia de su aparición, pues los personajes secundarios suelen ser transitorios, circunstanciales. Además, los personajes coadyuvantes suelen ser personajes redondos, mientras que los personajes secundarios suelen ser personajes planos. El personaje coadyuvante del antagonista cumple la misma función explicada, pero opuesta. La última función es la función narradora. En un texto fílmico es la voz en off de un relato primario y en los textos narrativos verbales también introduce otros niveles de realidad que podría llegar a constituir relatos

dentro de otros relatos, técnica llamada la caja china o la muñeca rusa (Vargas Llosa, 1997).

FUNCIONES GLOBALES

FUNCIÓN PROTAGÓNICA	Es el personaje principal ejecutante de las acciones que canalizan el punto de vista narrativo. Generalmente es un individuo, aunque puede ser un grupo
FUNCIÓN ANTAGÓNICA	Subordinada a la función protagónica. Presenta una fuerza opuesta, una intención contraria o contraintención a la protagónica
FUNCIÓN COPROTAGÓNICA	Su función se enlaza con la protagónica mediante una identificación de objetivos. Generalmente, permite la articulación de la pareja masculina-femenina dentro del relato. Asimismo, puede haber una función coantagónica
FUNCIÓN OBJETO	Ocurre cuando un personaje se convierte en el objetivo del protagonista
FUNCIÓN COADYUVADORA DEL PROTAGÓNICO	Cumple la función de donar al protagonista un objeto que de alguna

	manera lo ayude en la consecución de su objetivo. Su intensidad y su apariencia es menor que el coprotagonico
FUNCIÓN COADYUVADORA DEL ANTAGÓNICO	Es todo aquel personaje que ayuda al antagonico de manera consciente o inconsciente, voluntaria o involuntariamente en la consecución de sus fines
FUNCIÓN NARRADORA	Es la instancia que informa acerca de hechos no incluidos al inicio de la narración. En las películas funciona como la voz en off, como presencia que le habla en escena u otro personaje de la historia que funciona como intermediario del espectador

Fuente: *El guion de ficción audiovisual*. Augusto Tamayo San Román.

Las funciones específicas son las que permiten realizar las acciones que definen el carácter y situación del personaje, según Tamayo, por lo tanto, son innumerables e inclasificables, pues sus funciones variarán de acuerdo con la idiosincrasia y actividad de cada personaje. Pone de ejemplo una historia policial posible, en la cual un policía corrupto cumple la función global de coadyuvar al protagonista. La primera función específica derivada de la global es su condición de policía y otra función específica, porque pueden ser varias a la vez, es la de

ser un corrupto. Estas funciones específicas podrían completarse de significados éticos, psicológicos o filosóficos determinados dependiendo del narrador; asimismo pueden liberar la carga dramática o matizar con humor el relato, como Clarín en *La vida es sueño*. En otras palabras, las funciones globales son elementos estructurales del relato y las funciones específicas son atributos variables de la historia. (Tamayo, 2016, p. 72).

14. LA CARACTERIZACIÓN

El concepto de caracterización es lograr la ilusión en el lector de que el personaje recibe y responde a los estímulos de su medio de modo que nos parezca un ser vivo (Sánchez, 1998, p. 99). Según este autor, los procedimientos para lograr la caracterización son los siguientes: la descripción, que cuenta con diversas modalidades como la prosopografía (descripción de los rasgos físicos), el caracterismo (descripción del modo de hablar), la patopeya (descripción de los afectos) y la genealogía (descripción del linaje). En otras palabras, se propone una serie de rasgos físicos, psicológicos y familiares al personaje para dotarlo de una biografía global que permita la verosimilitud. Hay, básicamente, dos tipos de caracterización: la resumida y la escenificada. En la primera, el narrador define de manera explícita la personalidad del personaje mediante un conjunto o sucesión de adjetivos o detalles. Por ejemplo, un narrador que afirme que “un personaje X es enjuto y afable con una familia que lo desprecia”. En cambio, la caracterización escenificada el narrador desarrolla al personaje mediante la exposición de sus acciones de modo que revelen paulatinamente su personalidad. Es una propuesta que apuesta más por una extensa sugerencia que por una explicitación pormenorizada. La fuente de información en la caracterización resumida es el narrador y en la escenificada es el personaje que

interactúa con otros que descubre su personalidad mediante el monólogo interior, el estilo directo, etc. Una posición intermedia entre estas dos posturas es la mezcla de estas fuentes de información, por la que nos inclinamos. (Sánchez Alonso, 1988).

PROCEDIMIENTO DE LA CARACTERIZACIÓN: LA DESCRIPCIÓN

PROSOPEYA	Descripción de los rasgos físicos
CARACTERISMO	Descripción del modo de hablar
PATOPEYA	Descripción de los afectos
GENEALOGÍA	Descripción del linaje

TIPOS DE LA CARACTERIZACIÓN

RESUMIDA	El narrador define de manera explícita la personalidad del personaje mediante un conjunto o sucesión de adjetivos o detalles
ESCENIFICADA	El narrador desarrolla al personaje mediante la exposición de sus acciones de modo que revelen paulatinamente su personalidad, la sugieran

Un método de caracterización es el de Lajos Egri, quien en su libro *El arte de la escritura dramática. Fundamentos para la interpretación de las motivaciones humanas* (1942) distingue una triple dimensión en los personajes: fisiológica, sociológica y psicológica, que se enlazan entre sí y forman una unidad. El aspecto físico condiciona la existencia del personaje, por ejemplo, si es guapo o feo pues semejante detalle determinará su visión de la vida. La fisiología abarca

los siguientes criterios: sexo, edad, estatura, peso, color de cabello, ojos y piel, postura, apariencia, defectos, enfermedades, herencia biológica.

La dimensión sociológica abarca la clase (baja, media, alta), la ocupación (tipo de trabajo, horario, condiciones laborales), la educación (nivel, calificaciones, materias favoritas), el hogar (poder adquisitivo de padres, si tuvo padres divorciados o sufrió abandono), la religión, raza, nacionalidad, lugar en la comunidad, filiación política, diversiones, pasatiempos.

La dimensión psicológica comprende la vida sexual, las normas morales, la premisa personal, la ambición, las frustraciones, el temperamento, la actitud hacia la vida, sus complejos (como obsesiones, inhibiciones, supersticiones, fobias), extrovertido, introvertido, sus habilidades (idiomas, talentos), cualidades (imaginación, gusto, equilibrio), su coeficiente intelectual. (Egri, 2009, p. 65-70).

Podríamos esquematizarlo de la siguiente manera:

LA TRIPLE DIMENSIONALIDAD DEL PERSONAJE

DIMENSIÓN FISIOLÓGICA	DIMENSIÓN SOCIOLÓGICA	DIMENSIÓN PSICOLÓGICA
1. Sexo 2. Edad 3. Estatura y peso 4. Color de cabello, ojos, piel 5. Postura	1. Clase (baja, media, alta) 2. Ocupación (tipo de trabajo, horario, ingreso, condiciones laborales, si	1. Vida sexual, normas morales 2. Premisa personal, ambición

6. Apariencia (bien parecido, con sobre peso, flaco, impecable, agradable, desaliñado o sucio)	pertenece al sindicato o está satisfecho con su trabajo)	3. Frustraciones, principales decepciones
7. Defectos (deformidades, anormalidades, marcas de nacimiento)	3. Educación (nivel, tipo de escuela, calificaciones, materias favoritas o con baja nota, aptitudes)	4. Temperamento (colérico, tranquilo, pesimista, optimista)
8. Enfermedades	4. Hogar (padres que viven, separados, huérfano, hábitos de padre, vicios, etc.	5. Actitud hacia la vida (resignado, militante, desafiante)
9. Herencia biológica	5. Religión	6. Complejos (obsesiones, inhibiciones, supersticiones, fobias)
	6. Raza, nacionalidad	7. Extrovertido, introvertido
	7. Lugar en la comunidad (líder, participación en clubes)	8. Habilidades (idiomas, talentos)
	8. Filiación política	9. Cualidades (imaginación,
	9. Diversión, pasatiempos (libros,	

	periódicos, revistas que lee)	gusto, análisis, equilibrio) 10. Coeficiente intelectual
--	----------------------------------	---

Fuente: *El arte de la escritura dramática*. (1942). Lajos Egri.

El autor Syd Field aconseja para caracterizar el personaje de un filme dividirlo en vida interior y vida exterior. La vida interior es la vida biográfica desde el nacimiento hasta el momento del inicio de la película, en otras palabras, es lo que no se ve, ciertos datos que no se dicen, como su formación dichosa o desventurada en la niñez o adolescencia, su relación feliz o infeliz con sus padres, su historial amoroso, etc. Es la base sobre la que se construye el personaje. Solo concluida esta primera etapa se debe emprender el aspecto externo que se desenvuelve desde el inicio de la película hasta el final. Es lo que el espectador ve mediante las acciones. Comprende las relaciones que el personaje establece consigo mismo y con los demás. El personaje tiene tres componentes: profesional, personal y privado. Hay que saber los medios de vida del personaje y las relaciones que establece con la gente de su entorno laboral, si es buena o mala. El componente personal comprende, por ejemplo, su condición civil, si está felizmente casado o tiene aventuras extramatrimoniales. El elemento privado es la definición de la necesidad o el deseo perseguido del protagonista. Esto es fundamental porque una vez elaborada la inquietud y búsqueda del personaje protagónico se puede establecer los obstáculos o al antagonista que encarne el obstáculo principal para frustrar al héroe. En otras palabras, clarificado el objetivo se precisan los obstáculos y entonces se inicia el

conflicto. Field ofrece ejemplos exclusivamente cinematográficos, pero su técnica de caracterización es también aplicable a textos narrativos verbales. Por ejemplo, en la novela *Siddhartha* de Herman Hesse el personaje protagonista tiene un deseo fundamental, que es alcanzar la iluminación, al igual que el Buda. A partir de esta premisa se yerguen los obstáculos expresados en sus propias contradicciones y apegos, o en otros personajes que impiden la consecución de sus logros, como las enseñanzas comerciales de Kamaswami, el amor cortesano de Kamala y su ingrato hijo. Entonces la técnica de caracterización de Field es, en primer lugar, crear el contexto del personaje, que incluye la creación de la necesidad del personaje, el plano interior y exterior; asimismo se debe definir su punto de vista, su manera de ver el mundo (Field, 1994: 28-52).

ETAPAS DE LA CARACTERIZACIÓN (FIELD, 1994)

ETAPA 1 VIDA INTERIOR	Biografía no expuesta o implícita del personaje o personajes (niñez feliz o infeliz, buena o mala relación con padres, hijos, esposa o suegros)
ETAPA 2 VIDA EXTERIOR	<p>A) COMPONENTE PROFESIONAL (Oficio, entorno laboral)</p> <p>B) COMPONENTE PERSONAL (condición civil o si es fiel o infiel en su matrimonio, por ejemplo)</p> <p>C) COMPONENTE PRIVADO (definición del deseo perseguido por el protagonista)</p>

Fuente: Syd Field.

Creemos también sumamente útil usar para la caracterización de personajes, sobre todo, los que manifiestan conductas antisociales las clasificaciones basadas en los denominados biotipos, entendida la biotipología como “la ciencia del tipo humano poliédrico, concebido como unidad vital (biotipo) con varias facetas: Morfología, Fisiología y Psicología (...) Su premisa es que existe una correlación entre las características físicas del individuo y sus rasgos psicológicos.” (García-Pablos de Molina, 2003, p. 489). Dentro de la escuela alemana destaca la doble clasificación de Krestschmer de los tipos constitucionales (leptosómico, pícnico, atlético, displástico y mixto) y los psicotipos (ciclotímico y esquizotímico y el viscoso). Haremos un cuadro con las características de los biotipos, es decir, de acuerdo con la constitución física de los individuos.

LEPTOSÓMICO	PÍCNICO	ATLÉTICO	DISPLÁSTICO	MIXTO
_Cuerpo alargado y delgado _Cabeza pequeña _Nariz puntiaguda	_Gran desarrollo de cavidades viscerales _Abdomen prominente _Cabeza redonda y ancha _Extremidades cortas y	_Gran desarrollo de esqueleto y musculatura _Tórax y cabeza grande _Forma de triángulo invertido	_Características muy exageradas de tipos que no encajan en los tipos anteriores (con tres variantes o subtipos: gigantismo, obeso,	_Es el más frecuente, procede de una combinación de las anteriores por vía hereditaria

	tendencia a la obesidad		infantilismo eunocoide)	
--	----------------------------	--	----------------------------	--

A estas características constitucionales les corresponde unas características psíquicas determinadas.

CICLOTÍMICO CICLOIDE	O	ESQUIZITÍMICO ESQUIZOIDE	O	VISCOSO
<p>_Corresponden personas extrovertidas, de condición pícnica, aunque pueden oscilar entre dos extremos: de la alegría a la tristeza</p> <p>_Tres subcategorías:</p> <p>a)hipomaníacos (continua alegría, continuo movimiento)</p> <p>b)sintónicos (realistas, prácticos, humoristas)</p> <p>c)flemáticos (tranquilos, silenciosos, tristes)</p> <p>Su enfermedad es la ciclofrenia (maniaco-depresiva)</p>		<p>_Son individuos de condición leptosómica</p> <p>_Temperamento introvertido</p> <p>Se subdividen en:</p> <p>a)hiperestésicos (personas nerviosas, irritables e idealistas),</p> <p>b)intermedios (fríos, enérgicos, serenos),</p> <p>c)anestésicos (apáticos, solitarios, indolentes)</p> <p>Su enfermedad mental es la esquizofrenia</p>		<p>_Pertenecen a este tipo los individuos de condición atlética, que oscilan entre el tipo leptosómico y el pícnico</p> <p>_ Son tranquilos, en general, pasivos</p>

--	--	--

FUENTE: Antonio García-Pablos de Molina

La teoría tipológica de Kretschmer es mejorada y enriquecida con la tipología de la escuela americana de Sheldon con su libro *Varieties of Delinquent Youth* (1949). Es una investigación más dinámica que la realizada por Kretschmer. No desdeña los factores ambientales y parte de un enfoque embrionario. Distingue 3 tipos físicos equiparables a la tipología de su antecesor alemán: endomorfo, mesomorfo y ectomorfo (García Pablos de Molina, 2003, p. 494-495).

ENDOMORFO	MESOMORFO	ECTOMORFO
_Vísceras digestivas muy pesadas y muy desarrolladas _Estructura somática relativamente débil _Tendencia a la gordura _Formas redondeadas, miembros cortos _Piel con vello y suave _Corresponde al tipo pícnico de Kretschmer	_Gran desarrollo de estructuras somáticas (huesos, músculos, tejido conjuntivo) _Tronco grande, pecho consistente, manos grandes _Corresponde al tipo atlético.	_Cuerpo frágil, alargado, delicado. _Extremidades largas y delgadas _Músculos pobres, tórax chato, huesos poco consistentes y finos _Hombros caídos, cara pequeña, nariz afilada, pelo fino _Es el leptosomo

Los tipos temperamentales correspondientes son las siguientes:

VISCEROTONÍA	SOMATONÍA	CEREBROTONÍA
_Es el endomorfo _Es cómodo, lento, amable, tolerante, hogareño, extravertido	_Es el mesomorfo _Es firme, aventurero, enérgico, atlético, ambicioso, osado, agresivo, inestable, escrupuloso	_Es el ectomorfo _Es rígido, rápido, aprensivo, solitario, pleno de problemas de carácter funcional, alergias, insomnios, sensible al ruido, introvertido, etc.

FUENTE: Antonio García-Pablos de Molina

Estas tipologías ya superadas, aplicadas a criminales europeos y americanos, desde luego hay que tomarlas como meramente referenciales, sin determinismos, susceptibles de diferenciaciones individuales. Pueden servir como una suerte de molde bastante flexible, como un conjunto de directrices de comportamientos desviados, donde se precisarán singularidades e incluso la fuente de los actos en personajes no ortodoxos.

Por lo expuesto, podemos afirmar que la caracterización es la técnica fundamental para la construcción de un personaje. Según el diccionario de la Lengua Española de La Real Academia Vigésima Segunda Edición, la palabra caracterización es el acto de caracterizar, es decir, “determinar los atributos peculiares de algo o alguien, de modo que claramente se distinga de los demás”. En el ámbito de la creación literaria, podríamos conceptualarla como la técnica que consiste en conferirle atributos o características físicas, psicológicas y

espirituales a uno o más personajes mediante un conjunto de procedimientos concretos, que pueden usarse de manera individual y mixta, según la modalidad narrativa que más le convenga (teatro, guion cinematográfico, cuento, novela), de modo que se pueda determinar un objetivo o deseo a alcanzar y sus respectivos obstáculos dentro de un contexto que lo obligue a la acción, con el fin de dotarlo de verosimilitud.

Un ejemplo de espléndida caracterización de los personajes, evitando la ocurrencia del melodrama (es decir, en buena cuenta de la inverosimilitud), de la hipertrofia de la escenografía o la pantomima y de la creación de meras entidades vacías y sin personalidad es el dramaturgo norteamericano Eugene O' Neill. Su método de trabajo creativo no fue explicitado de un modo sistemático por el propio autor de manera amplia, sino que ha sido intuido o reconstruido por los críticos a través de cartas, de su obras, de la investigación biográfica. De manera general, este genial dramaturgo se interesa por el aspecto eterno de los dramas humanos y luego selecciona un tiempo y un espacio específico para su desarrollo. Este espacio y tiempo es investigado escrupulosamente: O' Neill detalla sus escenarios mediante una enorme cantidad de estudios y notas, es decir, se toma un intenso trabajo de documentación. Solo clarificada cada época y lugar entonces inicia los diálogos. La investigación histórica significa contextualizar de manera verosímil a los personajes, dotarlos de psicología e incluso ir mucho más lejos: vivir la época. (Mirlas, 1955, p. 15). Los personajes más vigorosos que construyó en sus dramas fueron extraídos de hombres concretos que el joven dramaturgo conoció durante el periodo de su juventud aventurera. Por ejemplo, en su vida en el mar conoció a un marinero llamado Driscoll, que junto con otro llamado Chris Christopherson, sirvieron como base

para la construcción de los personajes en el drama *Anna Christie*. Incluso el propio intento de suicidio del autor (Antón- Pacheco, 2011, p. 11) fue utilizado en los futuros dramas que escribiría. Los personajes entonces son dotados de una gran densidad psicológica afín al psicoanálisis, esto es, interpretables pero no solo reducibles a los conceptos freudianos. (Wood, 1947, p. 57-60) En otras palabras, lo que hace O' Neill es un profundo examen de la naturaleza humana, de su psicología y los vierte después en sus personajes, que pueden haberse basado en personas reales. Luego, halla la voz de estos, ajustada a su perfil psicológico, fuertemente condicionados por su entorno. Así, podemos apreciar en la gran mayoría de sus obras, tal vez menos en *The Straw* (1921), el uso del denominado *slang*, es decir, de la jerga del registro coloquial e informal en el inglés. Para dar un ejemplo, en *El Emperador Jones* (1920) el personaje Smithers utiliza la jerga típica del cockney londinense –el de los bajos fondos- y el emperador Jones, la lengua negra informal americana (Baeza, 1945, p. 23, 49). Podríamos afirmar que Eugene O'Neill sigue la cualidad de semejanza de Aristóteles, que sostiene que los caracteres deben semejar a la imagen tradicional que el espectador tiene de ellos. Nuestro dramaturgo norteamericano es tan consecuente con la elección del lenguaje de sus personajes, que incluso algunos críticos han visto la ausencia de un lenguaje elevado a la par de las acciones desmesuradas como una falta o deficiencia en su obra (Wood, 1947, p. 65), mas no podía ser de otro modo para quien anhela la verosimilitud, porque O 'Neill buscaba en el teatro lo que Flaubert buscaba en la narrativa: "El artista debe estar en todas partes y no aparecer en ninguna". (Mirlas, 1947, p. 13). Sin embargo, este lenguaje popular y naturalista no está exento de notas poéticas o filosóficas.

En síntesis, el escritor que aspire a construir personajes con cierta dosis de verosimilitud deberá de conocer la tipología y funciones del personaje en la medida de lo posible. Esto le permitirá configurar un método de caracterización, que desencadene el conflicto dentro de una trama clásica, el establecimiento de obstáculos en la consecución del objetivo u objetivos del protagonista, la elección del lenguaje y del punto de vista narrativo, la configuración del personaje antagonista, la causalidad de la trama, e incluso la claridad del desenlace.

CAPÍTULO 2

LOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS Y LITERARIOS

2.1. JUAN SANTOS ATAHUALPA EN LA HISTORIA DEL PERÚ

Habiendo ya examinado la tipología, las funciones y la técnica de caracterización del personaje pasaremos ahora a estudiar la primera etapa en la configuración de un personaje, es decir, en el acopio de información para caracterizarlo. Es la etapa de la documentación. Nos centraremos básicamente en el personaje histórico de don Juan Santos Atahualpa, rebelde mestizo del siglo XVIII. Analizaremos los estudios más importantes que su figura ha concitado en la historia del Perú.

2.2. EL NUEVO INCA

Juan Santos Atahualpa es casi un fantasma (Zarzar, 1989, p. 19). Su descripción física y psíquica se la debemos básicamente a los rumores o informaciones, generalmente de segunda mano, recogidas en las misivas de los franciscanos. El mismo Juan Santos Atahualpa luego de unos años escribió algunas cartas en la que exponía su programa político y su doctrina religiosa, dirigidos al virrey Manso de Velasco y al provisor; mas tal vez en el trayecto se perdieron o fueron destruidas. Se sabe también por la versión franciscana que dos jesuitas se entrevistaron con el supuesto inca en 1745, pero no dejaron nada escrito acerca

de él; asimismo los padres fray Francisco Otazuo, fray Salvador Pando y al hermano prior Francisco Suarez lo buscaron en Quimiri y se quedaron varios días en compañía del Rebelde, mas sus impresiones son demasiado escuetas, de modo que todo lo que sabemos de Juan Santos Atahualpa es indirecto y conjetural.

Este carácter casi inasible de Juan Santos Atahualpa no ha sido razón para evitar ser objeto de polémicas. Se puede decir que ha habido tres tendencias en la historia del Perú. La primera es una concepción negativa de raíz franciscana, pues la rebelión liderada por el nuevo inca fue responsable del caos y la destrucción de las misiones en la Selva Central: Juan Santos Atahualpa es un impostor, prófugo de la justicia y un asesino (José Amich, José de la Riva Agüero, Fernando Rodríguez Tena, P. Bernandino Izaguirre, P. Dionisio Ortiz, etc). Es una tendencia generalmente letrada, teñida de religiosidad. La segunda concepción es histórica, algunas veces hiperbólica, nacida de los postulados indigenistas, pues redime la figura del rebelde como un héroe invencible y patriota, injustamente olvidado por la historia oficial (Francisco Loayza) y otra veces, despectiva (Vargas Ugarte). Entre estos dos extremos, en mayor o menor medida, en el mejor caso en una postura conciliadora u objetiva, vacilan algunos estudiosos desde enfoques no solo históricos (Daniel Valcárcel, Flores Galindo, Juan José Vega, etc), sino antropológicos o etnológicos (Stefano Varese, Fernando Torres López, Alonso Zarzar) y periodísticos (Mario Castro Arenas). También posee, en líneas generales, un carácter letrado.

Una tercera y última tendencia es la apoyada en la oralidad, básicamente proveniente de la etnia de los asháninkas, quienes no reconocen a Juan Santos Atahualpa como un foráneo de los andes, ya sea un indio cuzqueño o

ayacuchano, sino un líder amazónico con una vasta genealogía sostenida por la tradición oral. (Pablo Macera y Enrique Casanto).

A continuación desarrollaremos la primera tendencia, que podríamos denominar la visión franciscana acerca del indio rebelde. Seguiremos un orden cronológico.

2.3. LA VISIÓN FRANCISCANA

Esta postura nace en el contexto de las misiones franciscanas iniciadas casi desde el periodo de la conquista y se caracteriza por su carácter eminentemente letrado. Está dominada por la ideología religiosa. Las misiones necesitaban de un espacio que facilitara la penetración en el área selvática y por ello se creó el Convento de Santa Rosa de Ocopa, situada en el valle de Jauja, cuya posesión oficial ocurrió en 1725, convertida luego en Colegio de Propaganda Fide en el año de 1758. Esta institución tuvo su primer cronista o escritor del Colegio en el padre José Amich (nacido tal vez en 1711). Su manuscrito redactado en el año 1771, es decir, casi 30 años después de iniciada la rebelión y publicado en París el año 1854 es acaso el primer texto que recuenta los episodios de la rebelión de Juan Santos Atahualpa. En su compendio José Amich narra en los capítulos XXVI, XXVII, XVIII y XIX la irrupción del rebelde en el contexto de la evangelización.

La investigación del padre Amich empieza con un solemne lamento por las pérdidas de las conversiones de Tarma, el Pajonal y Sonomoro. Desde una perspectiva evangelizadora y cristiana concibe la rebelión como un castigo divino que afecta tanto a indígenas como a españoles: a los primeros Dios los sanciona por ingratos; a los segundos, por soberbios. El contexto dibujado antes de la rebelión es seráfico, o sea, las conversiones de Tarma y Jauja en el año de 1742

disfrutaban de una condición florida e inmejorable, según el escritor del Colegio. Fueron los indios ingratos, quienes por su hipocresía permitieron la incursión, proselitismo y posterior entronización del Rebelde. Afirma también que Juan Santos Atahualpa viajó a España como sirviente de un jesuita. Volvió al Perú “más ladino de lo que conviniera” (Amich, 1988, p. 167). Asesinó a un hombre en Huamanga y huyó a la selva para evadir la justicia. Por el mes de mayo se encontró con el curaca Mateo Santabangori en Quisopango y allí se proclamó inca. Para su descripción física y psicológica José Amich utilizó el primer testimonio español sobre el Rebelde que encontró en el archivo del Convento de Santa Rosa de Ocopa. Nos referimos a la experiencia del padre fray Santiago Vázquez de Caicedo, conversor del pueblo de San Tadeo, quien buscó al Caudillo el 2 de junio de 1742. A las cinco de la tarde ingresó en Simaqui, llamado también Quisopango. Fue recibido por un grupo de indios formados en media luna. Al poco rato apareció el Rebelde protegido por los indios, que le quitaron el bastón al padre. Asombró al fraile su fluido español. Juan Santos Atahualpa entonces manifestó su intención de componer su reino inca, con ayuda de su pariente inglés, que venía por el mar. Añadió a su escueto programa político revolucionario el establecimiento de un clero indio.

Los hechos posteriores narrados por Amich han servido como base histórica para los futuros estudiosos. Se pueden sintetizar de la siguiente manera. Una vez autoproclamado inca en junio del 1742 en Quisopango los conversores franciscanos se alarmaron y advirtieron del peligro a las autoridades coloniales limeñas. Enterado el virrey Villagarcía ordenó a los gobernadores de las fronteras apresar al Caudillo, quien conformó un ejército con las etnias de los Simirinches, piros, mochubos, cunibos, amueshas y los andes (asháninkas) del Pajonal y las

conversiones. Juan Santos Atahualpa nombró como general de sus tropas a don Mateo de Assia, curaca amuesha de Metraro y Eneno. El negro Gatica, ex esclavo de las haciendas, fue el segundo en jerarquía militar. Los gobernadores de frontera, Pedro Milla y Benito Troncoso, decidieron entrar en la selva en septiembre de ese año y apresarlos. Hubo escaramuzas y los españoles tomaron el arsenal de Quisopango, no obstante, haciendo sumas y restas la entrada fue un fracaso y los españoles quedaron mal parados. Juan Santos Atahualpa no fue atrapado y continuó saqueando haciendas. El padre conversor de Quimiri renunció, así como el comisario y prefecto de misiones.

El año 1743, durante los primeros días de agosto, Juan Santos Atahualpa tomó Quimiri (actual La Merced). Las autoridades decidieron construir un fuerte para sujetar a los denominados apóstatas e infieles y estorbar el tránsito de los andinos a la montaña. Los españoles llegaron a Quimiri, que Juan Santos Atahualpa había abandonado para saquear el pueblo de Huancabamba. El fuerte quedó terminado en dos meses y quedó en custodia del capitán Fabricio Bartuli y sesenta soldados. Juan Santos Atahualpa asedió el fuerte y todos los españoles fueron muertos la noche de Año Nuevo. El gobernador Troncoso acudió después los primeros días del año 1744, sin embargo, acabó retirándose sin combatir. Los franciscanos decidieron entablar un convenio con los rebeldes, mas fue frustrado por órdenes del virrey Villagarcía, quien de manera alterna había encomendado a los jesuitas pactar con Juan Santos Atahualpa. No hubo acuerdo.

En julio de 1745 llegó el nuevo virrey al Perú, Manso de Velasco. Encomendó este al general José Llamas ingresar en la selva con el propósito de aplastar la rebelión. En marzo de 1746 con doscientos hombres de armas y trescientos

cargadores fueron tras el Inca. La expedición fue un gran fracaso por el clima lluvioso y la espesura de la montaña. Las autoridades acordaron en junta militar en Tarma el 20 de agosto de 1746 construir un fuerte en Chanchamayo y Ocsabamba.

En el año de 1750, el virrey Manso de Velasco, llamado ahora Conde de Superunda, por su firmeza al enfrentar la reconstrucción de Lima después del terremoto de 1746 y las amenazas piratas, ordenó otra vez una excursión punitiva a mando del general José Llamas, quien tomó la ruta de Monobamba; mientras la otra parte de la tropa, por la quebrada de Tarma. Ambos ejércitos intentaron inútilmente apresar a Juan Santos Atahualpa en el pueblo de Eneno, reducto prácticamente infranqueable. La expedición fue un fracaso absoluto por las emboscadas constantes y el clima lluvioso.

En 1751, Juan Santos Atahualpa saquea el pueblo de Sonomoro por venganza contra los indios chichirenes y andes, que nunca lo apoyaron. Los defensores del fuerte que allí había abandonaron sus puestos. A principios de agosto de 1752 el Rebelde partió hacia Andamarca, es decir, ya en tierras andinas con un ejército de quinientos indios. Saqueó y quemó el pueblo al no encontrar apoyo de los andinos. No obstante, el frío causó estragos en los guerreros selváticos de Juan Santos Atahualpa. Se retiró sin que las tropas españolas estacionadas en el valle de Jauja los persiguieran. Fue su última aparición pública.

En la narración de José Amich la postura franciscana es muy clara: Juan Santos Atahualpa es tildado explícita y constantemente como “embustero, pretenso inca, fingido inca, intruso inca”, entre otras descalificaciones y sus seguidores son tildados de “bárbaros e infieles”. José Amich configura asimismo la catadura moral del Rebelde con otros documentos franciscanos. Nos referimos a la misiva

escrita por fray Manuel del Santo y fray Domingo García desde Pichana al Comisario de misiones fray José Gil Muñoz fechada el día 2 de junio de 1742. En esta carta -publicada por Francisco Loayza en 1942- se afirma que el Caudillo procede del Cuzco, donde ha dejado hermanos. Su edad es poco más de 30 años y su ánimo es recuperar la corona que le arrebataron Pizarro y los españoles.

El mérito de José Amich es ver la rebelión como parte de una historia más extensa: la historia de las misiones. Reúne la información dispersa de los sacerdotes y las inserta en una continuidad espacio-temporal. Les confiere una significación cristiana: el movimiento de Juan Santos Atahualpa constituyó un castigo divino que se expresó en una interrupción en el proceso de evangelización porque Dios permitió que un delincuente y un asesino engañara a una fingida grey que prefirió la barbarie a la civilización. Su balance es negativo: por culpa de la rebelión las misiones se perdieron.

Otro ilustre representante de la visión franciscana es el intelectual limeño José de la Riva Agüero y Osma (1885-1944). En *Paisajes peruanos* (1955) redactado en 1912 el autor trata de la rebelión de Juan Santos Atahualpa. En el capítulo XVI titulado *El convento de Ocopa* la califica como “ensayo algo bufo de restauración indígena, que fue como el preludio de la rebelión de Condorcanqui”, (Riva Agüero, 2010, p. 175). Repite la versión franciscana acerca de que Juan Santos Atahualpa como indio cuzqueño y prófugo de la justicia por asesinato. No obstante, le concede una precursoría a regañadientes en el proceso de la independencia del Perú anticipándose a Túpac Amaru II. El mismo autor en su libro *Los franciscanos en el Perú y las misiones de Ocopa* elogia el Convento de Ocopa como una entidad que cumple una misión evangelizadora y civilizadora.

En efecto, para Riva Agüero, Juan Santos Atahualpa destruye y saquea pueblos, no los libera. La evangelización no solo es una empresa de salvación de las almas infieles, sino es un proceso civilizatorio. La rebelión es un retroceso, una interrupción en el progreso.

Por otra parte, el R. P. Dionisio Ortiz en su libro *Reseña histórica de la Montaña del Pangoa, Gran Pajonal y Satipo* (1960) continúa la postura franciscana y repite en buena cuenta la versión de José Amich: Juan Santos Atahualpa es un destructor del estado “florecente” de las misiones. Así, en el capítulo VIII titulado *Levantamiento de Santos Atahualpa y destrucción de las misiones*, afirma que los libros parroquiales de las pequeñas bibliotecas y las capillas con toda su parafernalia litúrgica fueron echadas al fuego o al río; los caminos que unían las misiones con el corazón del Gran Pajonal fueron devastados; los centros de enseñanza de lenguas indígenas y catequización fueron suprimidos; los tempranos planes de colonización europea fueron truncados; la introducción de cultivos, ganado y la práctica de la herrería fueron interrumpidos. Afirma también la condición de sirviente de jesuitas, asesino y perseguido por la justicia. En su narración destacan los calificativos negativos. La rebelión es denominada “trastorno” (Dionisio, 1960, p. 51), el rebelde es llamado “presumido, intruso, fingido, pretendido, de torcidas intenciones” (Dionisio, 1960, p. 52-64) y sus seguidores son “chunchos” o “bárbaros” de un carácter “inconstante y voluble” (Dionisio, 1960, p. 55). Añade que Juan Santos Atahualpa aprovechó dos circunstancias que favorecieron la rebelión: la tensión debido a la guerra intermitente entre España e Inglaterra (1727-1729 reiniciada luego en 1761-1763) y el terremoto de Lima (1746).

2. 4. LA VISIÓN HISTÓRICA Y ETNOLÓGICA

La primera versión histórica, influida no obstante por la versión franciscana, es la del militar, político e historiador Manuel de Mendiburu, autor de un vasto diccionario histórico biográfico (1874-1890). Bajo la entrada de Apu-Inca-Huayna Cápac el autor desarrolla la biografía de Juan Santos Atahualpa. Lo denomina indígena, sin dar pie al mestizaje. La influencia franciscana se evidencia en llamar a los seguidores del Rebelde como “salvajes” o “crecidas turbas de bárbaros” (Mendiburu, 1960, p. 338-340). Sin embargo, su examen es sin duda mucho más objetivo que su predecesor. Por ejemplo, ya no explica los triunfos de Juan Santos Atahualpa, como hace José Amich como un castigo divino, sino que encuentra fallas técnicas, estratégicas y logísticas en el ejército español. Así, aclara que la derrota sufrida por la guarnición española en Quimiri padeció de hambre por no prever que los víveres se corrompen con más facilidad en el clima selvático, además de que su localización careció de inteligencia, pues se situó en la ribera del río, es decir, en un lugar vulnerable a las embarcaciones de los indígenas. Se percata de manera muy lúcida de que era imposible combatir y ganar en la selva, pues los guerreros de Juan Santos Atahualpa atacaban con sus flechas y huían. Asimismo, suministra y enfatiza datos interesantes, como que Juan Santos Atahualpa mandó a matar a Antonio Gatica, su maestro de campo, y a otros amigos cercanos por sospechas de traición (Mendiburu, 1960).

En 1942, aparece otra perspectiva histórica sobre la rebelión de Juan Santos Atahualpa a cargo de Francisco Loayza dentro de la colección denominada *Los pequeños grandes libros del Perú. Serie I. Tomo II*. Nos referimos al libro *Juan Santos, el invencible (Manuscritos del año de 1742 al año de 1755)*. Es, en realidad, una recopilación documentaria extraída del Archivo General de Indias de Sevilla y de la Biblioteca Nacional de Lima. El texto es una base de

información. No pretende hacer una historia de Juan Santos Atahualpa, sino que sienta las bases para futuros historiadores. No obstante, el recopilador en sus notas explicativas tiende al elogio hiperbólico, a veces tendencioso o equívoco. Por ejemplo, afirma que Juan Santos Atahualpa descende de uno de los dos hijos de Atahualpa: Diego y Francisco Atahualpa, cuyas probanzas se encuentran en el Archivo General de Indias de Sevilla (Sección, Patronato. Legajo 28, R. 56), no obstante, no demuestra ningún enlace consistente entre estas probanzas y la persona de Juan Santos Atahualpa. Otra información infundada es su interpretación del porqué los indios del sur y del norte no se unieron a la causa de Juan Santos Atahualpa: la rivalidad sobreviviente entre los seguidores del inca Huáscar y el inca Atahualpa. Una explicación más plausible acerca de ese tema la brinda el historiador americano de la Universidad de Wisconsin-Madison, Steve Sterne, quien asevera que tanto en Tarma como en Jauja había poderosas familias andinas (los Astocuri, los Apolalaya, los Limaylla), que eran aliadas de corregidores y funcionarios españoles. Incluso el gobernador don Benito Troncoso de Lira y Sotomayor estaba casado con una cacica, doña Teresa de Apolalaya. Los curacas andinos habían patrocinado las misiones en la ceja de selva y adquirido tierras. ¿Qué iban a ganar aliándose a un indio foráneo, arriesgándose a perder su situación privilegiada? (Stern, 1990, p. 79-80). En última instancia, tal vez tenía razón el historiador José Bonilla Amado al afirmar que era imposible en el Perú colonial el triunfo de cualquier rebelión indígena porque la nobleza india estaba estrechamente vinculada al poder español (Bonilla, 1971, p. 56).

En 1946 se publica el libro *Rebeliones Indígenas* de Daniel Valcárcel. Este texto es de índole histórica y desarrolla la rebelión de Juan Santos Atahualpa dentro

de un movimiento más vasto, inmersa en una corriente de insurgencia nacional indígena. Un gran mérito de este autor es haber incluido la descripción de los campos, es decir, de los asháninkas, quienes conformaron, en gran medida, las huestes de Juan Santos Atahualpa. Así, traza sus características físicas, la vestimenta, sus comidas y bebidas, su genio o naturaleza. El historiador Valcárcel es un autor más objetivo e imparcial que Francisco Loayza. Afirma - con razón- que no existe ninguna prueba del entronque familiar de Juan Santos Atahualpa con el inca Atahualpa. Recoge el rumor de que el Líder había contactado previamente con los ingleses y enfatiza la aparición del vicealmirante Jorge Anson por las costas del virreinato por los años del inicio de la rebelión. Asimismo, acepta la educación jesuita recibida por el Caudillo (es por ello que no se opuso a la evangelización de los indios en la selva y tuvo una clara preferencia por ellos). No obstante, no acepta el linaje inca de Juan Santos Atahualpa. Al explicar las razones de su éxito entre los indígenas selváticos dice que “su fingida prosapia y su fuerte personalidad lo hizo imponerse fácilmente.” (Valcárcel, 1946, p. 52). Narra básicamente las vicisitudes de la rebelión, ya recogidas por José Amich, pero sin juicios de valor negativos o a favor. Recoge las variadas versiones de la muerte de Juan Santos Atahualpa, como había hecho Francisco Loayza, todas coincidentes en que la muerte del líder ocurrió en Metraró.

El historiador y sacerdote jesuita Rubén Vargas Ugarte (1886-1975), en su *Historia General del Perú*, IV (1966) relativiza la rebelión de Juan Santos Atahualpa. Incluso, cree que no merece la denominación de rebeldía, porque su lucha se restringió a una zona poco habitada y conocida, en los márgenes de la civilización y no conllevó mayores complicaciones. Ha ocurrido un “espejismo

histórico” (Vargas, 1966, p. 208). Además, descree que haya tenido una formación jesuita, pues su nombre y apellido no aparecen en la relación de alumnos del Colegio de Caciques del Cuzco (con esta afirmación descarta la elección y el uso de un seudónimo). Su supuesto viaje a Europa es inverosímil, ya que los jesuitas no solían tener sirvientes y menos acostumbraban a llevarlos a otros países. Su fama de asesino de jesuitas en el Cuzco y prófugo de la justicia tampoco es probable: no existen registros en la historia de la orden y en las relaciones de esa época en que se asentara semejante caso. En otras palabras, la fama de indio educado por jesuitas, cosmopolita y asesino es meramente conjetural, acaso falsa. Y que si su sublevación es más célebre y rodeada de misterio que otras sublevaciones anteriores, como la de Vélez de Córdova, por ejemplo, se debe a “escritores o excesivamente crédulos o parciales en demasía.” (Vargas, 1966, p. 208).

La posición de Vargas Ugarte peca de extrema y de mezquina en algunos puntos. Juan Santos Atahualpa es un antecedente de la rebelión de Túpac Amaru II, un “preludio” como reconoció el mismo Riva Agüero y su historia debe inscribirse dentro de un largo proceso de insurrecciones que afectó el siglo XVIII (Stern, 1990, p. 50-51). Su crítica de que su grito de libertad y autoproclamación como inca ocurrió en un lugar no ganado “para las comarcas de la civilización” (Vargas, 1966, p. 208) es una afirmación que contiene implícitamente un prejuicio, ya superado hace décadas, acerca de la existencia de culturas superiores y de culturas inferiores, de culturas civilizadas y de bárbaras. Ignora el historiador Vargas Ugarte que la zona en que ocurrió la rebelión fue en sus tiempos “una pieza clave en el circuito económico de los andes centrales” (Santos, 1992, p. 103). Asimismo, acota que la sublevación no tuvo mayores

complicaciones, aunque todo parece indicar que el virrey Marqués de Villagarcía fue destituido por su fracaso al enfrentar la primera fase de la rebelión (Vega, 1981, p. 358 y Orellana, 1974, p. 526).

Desde una perspectiva antropológica, etnográfica e histórica Stefano Varese (1939) publica su libro *La sal de los cerros. Resistencia y utopía en la Amazonía peruana* (1968). Dedicaba básicamente el capítulo III a Juan Santos Atahualpa. Lo titula *El siglo de la rebelión*. Contextualiza este capítulo histórico de la selva recapitulando las vicisitudes misioneras del siglo XVIII. Distingue dos tipos de acontecimientos durante este siglo: 1) Más o menos los primeros treinta años del siglo, que fueron una prolongación de la exploración geográfica y de los intentos de evangelización iniciados en el año de 1595 por el jesuita Font, continuados por los franciscanos (se descubre el Gran Pajonal en 1733 por el franciscano La Marca) y; 2) la reacción violenta de los indígenas respecto a la evangelización franciscana y la penetración de los colonos españoles al territorio de la Selva Central (Varese, 1968, p. 99). Ya dentro de estas primeras décadas había habido reacciones violentas contra los franciscanos, de parte de los piros y mochobos, no obstante, también se habían fundado varias misiones, como las de Jesús María, San Tadeo de los Antis, Nijandaris, Metraro y Eneno, futuros escenarios donde se desarrollaría la rebelión.

Creo que podemos afirmar sin temor a equivocarnos que Varese es uno de los autores más completos y sistemáticos al historiar la rebelión de Juan Santos Atahualpa, junto con Arturo E. de la Torre. Tiene una visión integral y es proclive a distinguir etapas en el flujo de los acontecimientos históricos, identificar las posturas ideológicas contrapuestas de los autores que han tratado el tema y, sobre todo, conoce a las etnias selváticas desde dentro gracias a la convivencia

y no al mero academicismo. Por ejemplo, es uno de los primeros en señalar el denominado mesianismo de Juan Santos Atahualpa en virtud a su ideal de liberación de base religiosa mediante un movimiento de unidad panindígena sin precedentes (que luego llevaría a extremos postizos Alonso Zarzar), superando de esa manera la mera óptica historicista. Asimismo, identifica las dos grandes posturas opuestas en torno al héroe: la versión franciscana y la historiografía oficial republicana y contemporánea, y la otra, la del indigenismo de los años 30 del siglo XX (Varese, 1968, p. 103). Sin duda es más agudo que sus antecesores. Para dar una muestra intenta explicar el porqué Juan Santos Atahualpa escoge a Simaqui como el mejor lugar para dar su grito de libertad: allí se concentraban muchas de las familias forzadas a vivir en las misiones por los franciscanos, además de su ubicación estratégica inexpugnable protegida por el río innavegable Shima y su lejanía de las misiones del Perené y Chanchamayo. También desenmascara con claridad acerca de las imputaciones de asesino de jesuitas reduciendo el argumento al siguiente: un testigo (José Bermúdez) declara que un tal indio (Basilio Huamán) le dijo que otro indio (Juan Cosco) le había dicho que Juan Santos Atahualpa es prófugo de la justicia, en otras palabras, una información indirecta. Duda, además, de su supuesta declaración pública y oratoria de rebeldía, que fue más bien tácita o una mutua comprensión solidaria y revanchista entre subordinados hastiados que una encendida declaración retórica y sociológica, porque en la Selva no había ni minas ni obrajes como en la sierra (Varese, 1966, p. 104-106). No obstante, Santos Granero afirma que las etnias selváticas no estaban exentas de la explotación y el control en diversos planos (moral, religioso y económico) que se aplicaban a los indios de la sierra (Santos, 1992).

En cuanto al curso de los acontecimientos históricos Varese discierne dos bloques: 1) los primeros diez años, es decir, desde 1742 hasta 1752, periodo caracterizado por las escaramuzas –es en realidad, el nombre adecuado a estos enfrentamientos, pues nunca hubo una batalla estricta, sino trampas, asedios y asechanzas en las trochas del bosque- entre las tropas realistas y los guerreros asháninkas y 2) inicia en 1752 con el retiro de Juan Santos Atahualpa y sus indios de Andamarca hasta un tiempo indefinido. Es el periodo de los resultados, por el cual las etnias de la Selva Central disfrutaron de la independencia que el Rebelde consiguió al alejar a los misioneros y a los colonos. Ahora bien, si podemos hacer una crítica al examen de la obra de Varese es la escasa importancia que da al elemento de la oralidad en la configuración de la historia de la rebelión. Solo al final del capítulo III, al exponer las diferentes versiones de su supervivencia y la muerte del líder, destaca que a los indios de la selva no les importa mucho la fecha de la desaparición física de su Inca, pues para ellos no ha muerto: esperan su regreso y su espíritu sigue vivo en el recuerdo colectivo.

El historiador Juan José Vega (1932-2003) en su *Historia General del Ejército Peruano*. Volumen I. Tomo III (1981) asevera que la rebelión de Juan Santos Atahualpa tuvo un trasfondo social: los campos o asháninkas sumados a otras etnias de menor número habían aceptado, al menos de una manera superficial, el sometimiento a las misiones franciscanas y a la religión cristiana, pero la conducta de los sacerdotes no era consecuente con los principios que predicaban y por eso, sumado al amor a una vida casi nómada y sin explotación, aceptaron de buena gana seguir a un indio foráneo. Crítica al historiador Vargas Ugarte por negar la formación jesuita de Juan Santos Atahualpa, pues a él le parece indudable y evidente. Acerca del viaje a Europa censura también que el

historiador jesuita lo haya tildado de inverosímil, pues ni siquiera José de la Riva Agüero negó tal posibilidad. Juan José Vega tampoco vacila en afirmar que el Rebelde viajó a Europa, tal vez por sus propios medios, tal vez subvencionado por revolucionarios criollos. Destaca el proyecto unificador de Juan Santos Atahualpa, es decir, la unidad política de todos los naturales del Perú. De momento, había logrado lo impensable: la unidad de las naciones de la Selva Central (Vega, 1981, p. 340). Así, no solo agrupó a los asháninkas con los amueshas, sino que también unió a los piro, etnia con una fama bien ganada de ferocidad; a los mochobos, otra nación con fama de indómitos, a los simirinches y a los cunibos. Aspiró ganar a su movimiento a los andinos y a los mestizos. No se olvidó tampoco del componente negro. Incluso, un ex esclavo de las reducciones fue su primer lugarteniente, el negro Antonio Gatica. Los cuadros de dirigencia de su organización eran, generalmente, alumnos aplicados de las misiones. Después de relatar la historia de la rebelión, siguiendo la secuencia narrada por José Amich, señala que la muerte de Juan Santos Atahualpa no necesariamente ocurrió en 1756, año en que el brigadier Pablo Sáenz de Bustamante llegó a Quimiri y no fue atacado por las huestes del Rebelde. Basándose en Cosme Bueno y Stefano Varese conjetura que para los años de 1770 Juan Santos Atahualpa vivía, pero ya no era el guerrero maduro de antaño, sino el patriarca anciano.

Mario Castro Arenas publicó en 1973 su libro *La rebelión de Juan Santos*. Es el primer libro que trata de manera exclusiva y no episódica sobre la historia del rebelde. No es solo un capítulo más como en los investigadores precedentes. Es un texto impactante y de divulgación, que utiliza de manera sintética la información histórica y etnológica obtenida hasta su momento. Tuvo el mérito de

poner otra vez al Rebelde de la Selva Central en el ojo de la tormenta. Explica más que otros la probable conexión inglesa de la rebelión de Juan Santos Atahualpa con la exposición de las ideas de Thomas Gage de ayudar a los indígenas americanos a liberarse del yugo español para el beneficio inglés con la mención del proyecto Occidental (*Western Design*). Enfatiza la predilección del Rebelde por los jesuitas y parece inclinarse por su formación en la Compañía, siendo un indio aculturado y de un cristianismo especial. En este sentido acepta la tesis de Varese que Juan Santos Atahualpa era un caudillo religioso-político. Añade en su colofón documentos históricos, como cartas del virrey Conde de Superunda o una relación de la doctrina, errores y herejías de Juan Santos Atahualpa escrito en 1750 por un franciscano llamado Joseph de San Antonio, comisario de las misiones de infieles del Cerro de la Sal, Jauja, Huánuco y Cajamarquilla, quien lo presenta como “el Inimicus homo del Evangelio” (Castro, 1973, p. 14). Sus conclusiones son interesantes, pues pide reevaluar el significado histórico de la rebelión, subestimada generalmente por los historiadores. Reconoce los vacíos heurísticos acerca del personaje y reclama una mayor investigación en los registros de todos los colegios regentados por los jesuitas, como el Colegio Real de San Bernardo para aclarar su filiación con la Compañía. Asimismo, solicita la exploración de los archivos británicos del *Foreigne Office* para clarificar los nexos del Caudillo con su aliado “el inglés, su pariente”. Advierte también que Juan Santos Atahualpa debe ser inserto dentro de los movimientos mesiánicos de América del Sur.

Al siguiente año de la publicación de Mario Castro Arenas, el investigador Simeón Orellana Valeriano publicó *La rebelión de Juan Santos Atahualpa* (1974). Inicia su estudio preguntándose por qué el movimiento precursor de la

Independencia del Perú de Juan Santos Atahualpa ha sido minimizado por la historia. Dice que hay varias causas, pero solo menciona una muy evidente: la falta de fuentes indígenas contemporáneas, pues solo disponemos de la documentación franciscana parcializada en la que lo llaman “Inimicus homo”, “Instrumento del demonio”, “Apostata del infierno”, “Mostro Abominable”. Indica también sobre las tres versiones del origen de Juan Santos Atahualpa: del Cuzco (Amich, Izaguirre, Francisco Loayza, Riva Agüero, incluso menciona al padre novelista Conrado Juaniz), de Cajamarca (el hombre capturado por las fuerzas realistas el 23 de octubre de 1743, llamado Pulipunche) y de algunos de los testigos de la época que afirman que su origen es Ayacucho. (Orellana, 1974, p. 516-517). Esta multiplicidad de orígenes Orellana intenta explicarlas como una forma de resguardo. Los españoles solían castigar con la muerte no solo al insurrecto, sino a toda su familia (el ejemplo posterior es Túpac Amaru II que tuvo que presenciar el asesinato de su tío y su esposa). En otras palabras, da por sentado que el líder es un foráneo que tuvo que aprender las lenguas selváticas. No duda tampoco de los viajes a Europa y a África atribuidos a Juan Santos Atahualpa, ni de su formación académica excepcional: poliglota, con conocimientos de astronomía y líder natural. Incurre en anacronismos al decir que Juan Santos Atahualpa inició la guerra de guerrillas (concepto posterior). Subraya el carácter separatista de la revolución. Luego, dedica más de la mitad de su artículo a criticar el libro de Mario Castro Arenas, al parecer, porque no mencionó sus estudios anteriores en la bibliografía. Declara que es un libro que le produjo desazón y no entusiasmo, como a otros intelectuales, como por ejemplo a Luis Alberto Sánchez. Descalifica a los periodistas y abogados que se quieren hacer pasar como historiadores en obvia y torva alusión. La crítica que

hace del libro de Mario Castro Arenas es muy injusta. Solo para dar un ejemplo lee entrelíneas las aseveraciones del autor poniendo en su boca cosas que no dijo y que lo pintan como un soberbio. Así, afirma que Mario Castro Arenas “quiere dar a entender que es el primero que descubre el valor histórico de Juan Santos Atahualpa y el primero que lo enfoca relievando su importancia” (Orellana, 1974: 529) y hace creer al lector ingenuo o confiado que afirma cosas de sí mismo, cuando no lo hace. Por ejemplo, Orellana afirma que Castro Arenas dice de sí mismo que son los otros historiadores quienes vieron a la rebelión “como una algarada sin trascendencia” y no como “una rebelión de incalculables proyecciones para la estabilidad y mantenimiento del reino” cuando, en realidad, está hablando de la percepción de la corona española y no de sí mismo (Orellana, 1974: 529). También censura las contradicciones o inexactitudes en que incurre Castro Arenas, no obstante, esas fallas provienen, en su mayoría, de las diversas versiones franciscanas. En fin, el texto de Orellana es un estudio que dedica más del 50% en tachar a un autor que tuvo un éxito mediático y que cometió la ofensa de omitirlo.

Alonso Zarzar publica en 1989 su libro *Mito, utopía y milenarismo en el pensamiento de Juan Santos Atahualpa*. Su objetivo es investigar la ideología del líder. Esta ideología, que el autor concibe como la más compleja desde la Conquista, es la síntesis de tres elementos: el milenarismo cristiano, la utopía andina y la mitología amazónica. El milenarismo cristiano del que habla se refiere a las ideas milenaristas de Joaquín de Fiore, llevadas al Perú por los franciscanos; la utopía andina alude al mito de los ciclos conocidos como Pachacuti y de Inkari, y por último, la mitología amazónica de Pachakamáite entre los asháninkas y el dios Tsla de la nación de los puros. Anota certeramente,

que si bien el movimiento nunca fue vencido, tampoco tuvo éxito. Amplía la explicación de la organización de las reducciones franciscanas, el espacio de la Selva Central como refugio para los andinos huidos de los obrajes y de las minas y añade a la causa de la insatisfacción de las etnias la casi ignorada exposición a las epidemias que produjo efectos devastadores en la población indígena (Zarzar, 1989, p. 30-31). Una novedad en su estudio es extender el examen de los amueshas y revalorizar su importancia en la rebelión: Juan Santos Atahualpa, autoproclamado Hijo del Sol, se asentó más tiempo entre ellos, porque tenían un panteón divino semejante a los incas, por ejemplo, ambos adoraban al sol, el dios Yompor era el dios Inti y el rebelde, su hijo. Para investigar la ideología de Juan Santos Atahualpa, Alonso Zarzar elabora una serie de perfiles ideológicos, que intentan captar una evolución en sus ideas, basado en las informaciones indirectas de fuente franciscana que poseemos. El primer perfil es la concepción que tiene el propio rebelde de sí mismo: hacia el inicio de su proclama pública es solo un enviado de Dios y un cristiano humilde; hacia 1747 sigue siendo un enviado de Dios, pero puesto en la tierra para reinar. Es un rey y los sacramentos están incompletos sin él. Hacia 1752 afirma ser hijo de Dios. Es el Dios de América capaz de hacer milagros. El segundo perfil es el rebelde como Inkari. En 1742 afirma también ser hijo del inca que Pizarro degolló en el Cuzco, que deja 3 hermanos allí, que desea ser rey y coronarse en Lima. Lo acompaña un anciano, que dice es su ministro y que tiene 130 años. Hacia el año 1747 declara que Dios castigará la tierra con fuego y que Huayna Cápac lo nombró monarca de su reino. Los matrimonios que oficia son válidos y que no hay necesidad de cura. En 1752 señala que la Virgen María está en España y que él es hijo de la virgen Sapa Coya. Mantiene 12 hombres armados con sables, como su vigilancia

particular. El tercer perfil es producto del sincretismo de un cristianismo milenarista y apocalíptico, asociado de manera forzada a los pachacutis y las deidades amazónicas. Alonso Zarzar enlaza las tres edades del joaquinismo (Edad del Padre, Edad del Hijo y Edad del Espíritu Santo) con las alusiones que en sus discursos hace el rebelde, con el Sol, Huayna Cápac y con el Espíritu Santo. Todo parece más bien un esquema forzado y demasiado complejo para un líder indígena del siglo XVIII, que acaso solo quiso obtener poder. Es una gran extrapolación. Además, olvida que Juan Santos Atahualpa más tuvo de jesuita que de franciscano y que, por lo tanto, las doctrinas milenaristas de Joaquín de Fiore y sus eras aplicadas a la rebelión resultan impuestas o fingidas: el líder era claramente antifranciscano, si hemos de confiar en las mismas informaciones franciscanas acerca de la rebelión. No podemos olvidar que el líder los expulsó de la Selva Central. ¿Cómo entonces iba a usar las categorías de un italiano de la Edad Media, que propuso una observancia extrema de la norma franciscana, es decir, la ideología de un enemigo, de un franciscano, tan lejano en el tiempo y en el espacio? En todo caso, sus especulaciones basadas en las informaciones franciscanas son solo eso: meras especulaciones que se basan en fuentes indirectas. Es lo que nos recuerda el historiador Luis Millones en su texto *Nuestra historia* (1995) al enfatizar que estamos ante un personaje elusivo y que todo lo que sabemos de él es de segunda mano (Millones, 1995, p. 218).

Desde la University of Wisconsin, el historiador Steve J. Sterne publica *Resistencia, rebelión y consciencia campesina en los Andes* (1990). Nos informa que a lo largo del siglo XVIII hubo más de cien insurrecciones. Destaca dos momentos en este siglo: el primero, que es la insurrección mesiánica de 1742

iniciada por Juan Santos Atahualpa que infligieron derrotas al poder colonial y solo atinaron a combatir la rebelión mediante fortificaciones que impidieran que los combatientes cruzaran hacia la sierra. Y un segundo momento, desde 1780 a 1782, protagonizado por Túpac Amaru II. Ambos proyectaron la figura de indios nobles desheredados que reclamaban sus derechos reales sobre el reino del Perú. Estas dos etapas constituyen lo que Stern denomina la Era de Insurrección Andina y constituyeron más que meras rebeliones porque abrieron la posibilidad de desatar una insurrección generalizada que revertiera los privilegios coloniales y modificara la estructura del gobierno. Distingue dos tendencias en los estudiosos de la rebelión: 1) los que se centran en el significado que el movimiento tuvo en las poblaciones de las tierras bajas y andinos que habitaban la Montaña Central (Castro) y 2) los que estudian el movimiento en el contexto del trabajo misionero de los franciscanos (Stern: 1990, p. 51-53). Afirma que los estudios de la repercusión de la rebelión en los andinos tienen escasas evidencias en la historia tradicional de modo que un examen sólido se reduce en tomar a la rebelión como una insurrección de frontera, sin participación de la sierra y que este estado de las cosas debería extenderse con nuevos aportes. Una información interesante de Stern constituye el dato de que Juan Santos Atahualpa, mediante un documento de 1752 provenientes de los archivos del corregidor local (es decir, durante la rebelión) confirma que habría purgado prisión en una isla próxima al Callao, conocida con el nombre de La Piedra durante el gobierno del virrey Castelfuerte, pero no por asesinar a un jesuita, sino por motivos políticos, o sea, cuando realizaba su tarea de azuzar a los curacas andinos a sumarse a su futura rebelión. Eso explicaría la enigmática frase atribuida a Juan Santos Atahualpa: "Mi casa se llama Piedra" (Stern, 1990, p.

60). Steve Stern es un historiador sistemático y sintético, que tiene la virtud de ver las cosas de manera muy clara, apoyado siempre en estudios históricos. Por ejemplo, a grandes rasgos nos explica que la rebelión de Juan Santos Atahualpa fue un movimiento multiétnico y multirracial, compuesto en parte por desplazados serranos y disidentes negros, que habitaban la Selva Central, refugio tradicional de andinos desarraigados desde tiempos incaicos. Las autoridades intentaron sofocar la rebelión enviando varias expediciones militares, que fracasaron unas tras otras. Incluso envió a uno de los militares más prestigiosos de su momento, el general José de Llamas, que había tenido una actuación destacada en la defensa de la costas virreinales contra Inglaterra. Todas estas derrotas, acompañadas de un menosprecio hacia los “chunchos”, fue transformándose en una desmoralización constante, que redujo la estrategia realista a la mera contención defensiva mediante el establecimiento de fuertes o bastiones para impedir las comunicaciones selva-sierra, hasta el punto de que las zonas de Tarma y de Jauja se habían convertido casi en un reducto militar. (Stern: 1990, p. 61). Esta estrategia meramente “pasiva” es vista como una señal de derrota o conformismo en Stern. No obstante, el investigador Joseph Dager Alva al historiar la vida del virrey José Antonio Manso de Velasco en su texto *Conde de Superunda* (1995) en la colección *Forjadores del Perú* cree que la estrategia meramente defensiva adoptada de una manera deliberada y no por impotencia por el virrey Conde de Superunda, producto de su amplia experiencia bélica, le dio el triunfo final sin luchar, pues hizo consciente al Rebelde de su inferioridad bélica y lo desalentó de seguir atacando más pueblos, como Andamarca (Dager, 1995, p. 54).

Otra de las colaboraciones de Stern es sintetizar la información acerca del posible funcionamiento de la sociedad rebelde. El reino de Juan Santos Atahualpa tal vez habría funcionado como una gran confederación de pueblos y jefes dispersos en su zona de control. Los pueblos vivían separados del campamento principal donde residía el Inca. Así, podría ser convocado y movilizado con rapidez cuando fuera necesario. El conjunto de pueblos conformado por serranos y negros podía haber sido más inmediato al núcleo del Rebelde, tal vez. No obstante, constituía una minoría el grupo andino. Stern hace un cálculo de las fuerzas del Rebelde basándose en los informes publicados por Francisco Loayza: de unos 400 a 500 guerreros, de los cuales unos 100 eran andinos. Había también una unidad de mujeres andinas capitaneadas por una tal doña Ana, reputada como una zamba de Tarma.

El principal aporte de Stern es la investigación del impacto de la rebelión de Juan Santos Atahualpa en los Andes. ¿Gozó de apoyo en la Sierra Central? ¿Cómo reaccionaron los andinos al saber de su rebelión? Stern encuentra varias áreas de evidencias de que tuvo una buena acogida. Por ejemplo, durante la expedición de las fuerzas realistas de 1743 los arrieros indios de Huarochiri utilizados para el transporte de carga desertaron. Otra muestra de adhesión ocurrió en 1747 cuando veinte indios andinos, menos uno abandonaron a un padre franciscano y a sus diez soldados españoles, luego de que estos hubieran intentado adoctrinar inútilmente a los indios de Acón en el sur, la zona cocalera, para luego regresar con indios selváticos y asesinar a todos. El que no huyó fue quien contó la historia. Otra señal de aceptación del Inca fueron sus palabras al ocupar Quimiri en 1743 en las que declaraba explícitamente que amaba a los andinos. Los indios de Chanchamayo al saber de la buena nueva hicieron fiesta

durante la noche y cantaron tonadas en que proclamaban que tomarían chicha en los cráneos de los franciscanos. Ahora bien, la toma y fuga del pueblo andino de Andamarca señala un viraje en los planes del Inca: el enclave andino, que tal vez serviría como punto de entrada y difusión de la rebelión no pudo ser retenido al llegar las fuerzas realistas acantonadas en los valles de Jauja y Tarma. La historiografía franciscana se regodea en afirmar que Juan Santos Atahualpa al no encontrar apoyo de los andinos se desquitó incendiando el pueblo, en otras palabras, lo presentan como un líder vengativo y frustrado. Stern luego de una lectura atenta concluye que sí hubo adhesión de los indígenas (pues solo hubo dos disparos), entró pacíficamente al pueblo y recibió muestras de respeto como el nuevo Inca. Los incendios que provocó al replegarse por la llegada de tropas españolas se produjeron solo en lugares fijos y simbólicos, como la iglesia (Stern, 1990, p. 70). Asimismo para enriquecer la poca información obtenida solo por las versiones franciscanas, Stern analiza los expedientes criminales de los agentes y supuestos espías al servicio del Inca después de la invasión al pueblo de Andamarca. Se trata de los tres arrieros desorientados, que rezagados en el camino se extraviaron y cometieron la imprudencia de preguntar por el Rebelde a las personas equivocadas, quienes los llevaron a la cárcel. Se trataba de Julián Auqui, Blas Ibarra y Casimiro Alberto. Antes de que los ahorcaran por traición y espionaje, como ejemplo para intimidar a otros posibles seguidores ocultos entre la población, sin ser espías ni soldados del Inca, solo simples arrieros que simpatizaban con la causa libertaria. Finalmente, se interroga acerca del porqué no se extendió la rebelión de Juan Santos Atahualpa en la sierra. Responde que la organización de una insurrección de grandes dimensiones se enfrentaba a dos grandes obstáculos: una red de espionaje efectiva (curas que violaban el secreto

de confesión) y la aplicación de la estrategia política de “dividir para reinar” mediante el clientelaje, privilegios a los colaboracionistas, integración de las élites andinas, incorporación de funcionarios indígenas, etc. Stern destaca que la región Tarma-Jauja los grupos de poder estaban conformados por familias indígenas y no indígenas aliadas por matrimonios (por ejemplo, el mismo gobernador don Benito Troncoso de Lira y Sotomayor estaba casado con doña Teresa Apoalaya, que era cacica). En otras palabras, la estructura estatal y las élites autóctonas se habían fusionado con una intensidad singular. De esa manera, la rebelión de Juan Santos Atahualpa atravesaba graves dificultades para contar con la adhesión de los indígenas de las clases dirigentes de las cercanías. Otro punto no menos importante fue la exoneración de la mita a las minas de Tarma. Tales son sus explicaciones acerca del porqué fracasó la rebelión.

Otro estudio importante que ayuda a explicar el éxito de Juan Santos Atahualpa en un sector generalmente tenido como marginal en el Perú, como es la selva, es el artículo del historiador Fernando Santos Granero. En su breve estudio titulado *Anticolonialismo, mesianismo y utopía en la sublevación de Juan Santos Atahualpa, siglo XVIII* (1992) plantea la idea de que la Selva Central estuvo ligada a los Andes Centrales como una pieza clave en la economía y es solo con el triunfo de Juan Santos Atahualpa que empiezan los mitos del aislamiento selvático (Santos, 1992, p. 103-106). Propone Santos Granero que los neófitos selváticos estaban siendo incorporados a la economía virreinal en tres modalidades: 1) colonización y explotación de los recursos de la región por parte de los españoles, mestizos e indígenas serranos; 2) trabajo de los neófitos en las tierras y los talleres textiles de las misiones y 3) imposición de la obligación

del servicio personal, obrajes y repartos (Santos, 1992, p. 106). La colonización se produjo poco después de 1709 cuando numerosas familias españolas de Tarma y Huánuco y familias andinas vecinas establecieron en la selva central haciendas de coca, tabaco y caña de azúcar para producir aguardiente (hacienda Chanchamayo, la hacienda de los Condes de las Lagunas, etc.) Las misiones, según los inventarios, mencionan la existencia de cañaverales y trapiches. Tal vez se dedicaban a la exportación de sus productos a las minas próximas a Cerro de Pasco y exigían a los neófitos trabajar en sus campos. Las mujeres asimismo laboraban en los textiles de las misiones. No hay seguridad, no obstante, al parecer también eran sometidos a una mita en forma de servicio personal. En otras palabras, la población indígena de la selva de las misiones no desconocía la explotación y el abuso de modo que la prédica revolucionaria anticolonial de Juan Santos Atahualpa fue muy bien recibida. Además, hay que sumar que el mensaje mesiánico incaico tampoco era ajeno al mundo selvático. Santos Granero afirma que los Amuesha, Ashaninka, Machiguenga, Piro, Shipibo, Conibo y Cashibo conocían la figura del Inca, como un personaje divino o semidivino, con poderes extraordinarios y un papel civilizador. Nos parece que la importancia de este estudio también radica en ocuparse en la cosmovisión de las otras etnias que siguieron a Juan Santos Atahualpa. Por ejemplo, al presentarse el Rebelde como hijo del sol tal vez impactó a los asháninkas y a los amueshas, pues el sol ocupa un lugar central en el panteón de estas culturas. Igual para los cunibos, que llaman al sol *Bari inka*. Para los amueshas, Juan Santos Atahualpa era el enviado de Yompor Ror, la divinidad del sol y se le conoce hasta ahora como Yompor Santo, hijo del sol. Juan Santos Atahualpa, al parecer actuaba como un cornesha o sacerdote amuesha, pero con una

diferencia sustancial: él era un líder político-religioso. Muchos de los corneshas se dedicaban a la forja de hierro y fueron las herrerías las que perduraron después de la rebelión de Juan Santos Atahualpa hasta su destrucción en el siglo XIX.

El historiador Alberto Flores Galindo en su libro *Buscando un inca* (1998), en el capítulo III titulado *La chispa y el incendio: Juan Santos Atahualpa* inserta la rebelión dentro del contexto de las utopías andinas o mejor dicho como una de sus muchas versiones. Al argumento de que la figura de Juan Santos Atahualpa es elusiva destaca que a la escasez de referencias se contrapone una rebelión que duró más o menos una década y que sorteó el asedio de cinco expediciones punitivas del virrey (Flores Galindo, 1998, p. 103). Es decir, para ser un personaje fantasmal su presencia tuvo repercusiones concretas prolongadas. Destaca la importancia que concede a los estudios acerca de la procedencia de los seguidores del Rebelde. Poco después del ataque a Andamarca en 1752 se capturaron a 3 hombres: dos indios y un mestizo, que buscaban a Juan Santos Atahualpa para integrarse a sus filas. Ellos proporcionaron información interesante durante los interrogatorios. Dijeron que había por lo menos un español, que era limeño y desempeñaba el cargo de escribiente; un mestizo cuzqueño, que había sido mayordomo de la Convención, en Cuzco; otro mestizo de Concepción y 600 indígenas flecheros con trajes típicos, tanto de los Andes como de la Selva Central. Destaca también la tendencia a la tripartición de sus ideas: tres grupos raciales (indios, españoles y negros), tres reinos (Angola, España y los Andes), tres edades (la última la del Espíritu Santo). Desde luego que esta tripartición es forzada, por ejemplo, en el asunto de los reinos parece olvidar que Juan Santos Atahualpa también mencionó otro reino (el inglés), cuyo

rey lo ayudaría por mar. Se olvida asimismo del mestizaje en los grupos raciales. Advierte la evolución en el pensamiento de Juan Santos Atahualpa y ensaya una explicación de los cambios. Así, distingue que en los comienzos de la rebelión el Inca parece aceptar el cristianismo, pero a medida que pasan los años parece rechazar solo a los franciscanos y cuando se percata de que los andinos y criollos no se aúnan al movimiento el Rebelde parece alejarse de la religión católica y adoptar una postura nativista. Otro punto que el historiador intenta responder es el por qué el fuego de la rebelión solo encendió en el Gran Pajonal y no se extendió a todo el Perú. Flores Galindo responde que el mensaje de Juan Santos Atahualpa solo podía atraer a indios desarraigados, huidos de los obrajes y minas, también a los indios de la selva, pero no a los andinos próximos al Cerro la Sal y a los que vivía en la entrada del valle del Mantaro, porque eran regiones ancestrales de los huancas, o sea, de los enemigos tradicionales de los incas. El nombre del inca Atahualpa no concitaba ninguna adhesión. El éxito del Caudillo radicó en el rechazo al mundo occidental representado por los misioneros franciscanos que se empeñaban en implantar un modo de vida que los indios aborrecían: el sedentarismo y la práctica de una agricultura sostenida y permanente. Los indígenas de la selva estaban habituados a cambiar de lugar una vez agotados los recursos naturales. Los franciscanos representaban la muerte de sus dioses tradicionales, pero sobre todo los misioneros traían las epidemias que asolaron a las naciones amazónicas. Ahora bien ese éxito también contribuyó al fracaso del movimiento que se adscribió exclusivamente a la zona selvática. ¿Para qué iban a viajar a Lima, un lugar extraño y lejano, enfrentados a un ejército profesional con armas de pólvora, si ya habían

conseguido su objetivo en el bosque: alejar a los misioneros y eliminar las reducciones?

Por último, el historiador Arturo E. de la Torre en su obra *Juan Santos Atahualpa* (2004) dedica un texto íntegro a la rebelión y a la peculiar figura del héroe, tal como en los años 70 había hecho Mario Castro Arenas con una diferencia fundamental: De la Torre tiene una visión histórica más amplia, profunda y sistemática y además posee la virtud de la síntesis. Primero, contextualiza el escenario del imperio español en el orden mundial: una potencia venida a menos con el Tratado de Utrech (1713) y el ascenso de los Borbones en la corona ibérica en reemplazo de los Habsburgo, cuya reformas tuvieron como objetivo modernizar la administración y reforzar el poder estatal (Torre, 2004, p. 13). La modernización de las instituciones trajo como consecuencia la eficiencia del fisco y, por ende, su voracidad. No tardó en desatarse un amplio descontento en la población en general. En el virreinato del Perú, los indios sufrían intensamente los trabajos compulsivos de la mita y el obraje, pero sobre todo, padecían de los repartos y los impuestos de los corregidores. Estos abusos ocasionaron diversos levantamientos indígenas a lo largo de todo el siglo XVIII. En este proceso se enmarca la rebelión de Juan Santos Atahualpa. El historiador enfatiza la escasa fiabilidad de las fuentes, no obstante, saca en claro dos conclusiones: 1) Juan Santos Atahualpa era un foráneo en el mundo amazónico y 2) su formación intelectual era superior al promedio (Torre, 2004, p. 21). Acota con perspicacia que las versiones franciscanas enfatizan la preferencia del Rebelde por los jesuitas y que esto podría ser una manera sutil de desacreditarlos y que su liderazgo alcanzó la esfera de lo reverencial, en virtud de su ascetismo, su habilidad estratégica, su extraordinaria confianza en sí mismo (Torre, 2004, p.

26- 29). Luego, enfatiza que los estudios históricos han sido más “andinistas” que selvícolas. La Selva ha sido un espacio marginal desde el incanato. El inca Túpac Yupanqui fracasó en la empresa de anexar a los “antis”, como los andinos llamaban a las personas oriundas de la selva. Los conquistadores europeos también fracasaron como colonos en la vasta región amazónica. Los franciscanos hicieron entradas misioneras desde 1635, no obstante, la fundación de misiones y de iglesias el saldo fue negativo por la constancia de los indígenas en asesinar sacerdotes. Pocos años antes de la llegada del siglo XVIII el padre Comisario General, fray Gabriel Arregui ordenó poner fin a las misiones (Torre, 2004, p. 40). Con la fundación del templo de Ocopa en 1725 las entradas en la selva se reanudaron. La evangelización, no obstante, continuó generando el rechazo de las poblaciones oriundas. Así, en Catalipango se rebeló y asesinó padres franciscanos el cacique Ignacio Torote en 1737, quien huyó hacia las profundidades del bosque. En la captura de los cómplices de Torote intervinieron los que serían los futuros capitanes de Rebelde: el curaca conibo Siabar, el curaca Mateo de Assia y el ex esclavo negro Antonio Gatica, quien capturó a 36 sospechosos, mas no se apresó a Ignacio Torote y luego este se unió a la rebelión de Juan Santos Atahualpa (Torre, 2004, p. 45). Apunta entre las causas del rechazo a los franciscanos, básicamente, al exceso de doctrinas y sermones más la introducción de enfermedades y epidemias occidentales.

La línea de los acontecimientos es la misma que han descrito las versiones franciscanas y los historiadores anteriores. Desacredita la supuesta colaboración del imperio inglés en la rebelión, porque los imperios europeos fueron muy conscientes de que apoyar una revolución de un enemigo podía afectarlos a largo plazo por ser un ejemplo negativo para sus propios intereses.

Especificando más arguye que el paso del vicealmirante Anson por el Estrecho de Magallanes, fondeando con cinco naves en la isla de Juan Fernández en el año de 1741 obedecía a las acciones de una contienda marítima llamada “guerra de las orejas de Jenkiss”. Las flotas de Vernon irían por el Caribe y las de Anson por la costa occidental para atacar Panamá, pero el fracaso de Vernon obligó a Anson a retroceder y dar la vuelta al mundo. Tales flotillas no podían atacar con éxito puertos importantes, por lo tanto, la alianza entre Juan Santos Atahualpa y los ingleses fue muy improbable. No obstante, tampoco le parece una mentira por la repercusión que podía haber tenido entre las autoridades españolas. En todo caso, él estuvo convencido de ello, sin que se pueda determinar el origen de su afirmación (Torre, 2004). Subraya asimismo el carácter nativista de la rebelión. Una de esas posibles causas podría ser una toma consciencia de la alteridad de los selváticos frente a los extranjeros. Finalmente, el autor realiza una valoración de la rebelión. La revuelta estaba condenada al fracaso: en la irrupción a Andamarca con la ausencia de la adhesión de la población andina el propio Juan Santos Atahualpa se percató de sus limitadas perspectivas de triunfo y el movimiento murió solo. A partir de allí se retiró. El gobierno del virrey no interpretó jamás la rebelión como una amenaza seria y por eso se limitó a estrategias meramente defensivas. La importancia de Juan Santos Atahualpa se funda en su doctrina y en su rica cosmovisión sincrética. (Torre, 2004, p. 93-95).

La postura de Arturo E. de la Torre es una de las más equilibradas y juiciosas: evita los apasionamientos y las descalificaciones prejuiciosas. Con conocimientos históricos muy solventes analiza las vicisitudes de la rebelión y refuta las ideas milenaristas de Joaquín de Fiore que Zarzar atribuye a su ideología. El milenarismo que usa Juan Santos no es necesariamente

joaquinista, ni el de la tradición judeo-cristiano, sino un milenarismo nacido en un marco socio-religioso que convive con una fuerte desestructuración cultural. Desde luego, sus interpretaciones son posibles. Recordemos que el carácter elusivo del Líder nos abre la puerta solo a meras conjeturas y a la controversia entre esas conjeturas.

2.5. LA ORALIDAD

La versión franciscana ha servido de base para toda la elaboración de hipótesis históricas y mesiánicas acerca de la rebelión. La tradición oral de los acontecimientos recogida por los investigadores, básicamente, se centró en las diferentes versiones de la muerte de Juan Santos Atahualpa. La inclusión del estudio de las etnias selváticas de Valcárcel y de Varese no incluyó sus versiones de la rebelión. En cambio, con el estudio de Pablo Macera y Enrique Casanto se recoge por primera vez en un texto bilingüe la versión de la rebelión de parte de los asháninkas. Pablo Macera se encargó del aspecto histórico y Casanto, como descendiente asháninka, fue el que recogió las tradiciones orales y de su traducción. Nos referimos al libro *El poder libre asháninka. Juan Santos Atahualpa y su hijo Josecito* (2009), cuyo objetivo es dar a conocer las tradiciones asháninkas acerca de sus luchas por su libertad. Según Pablo Macera, el movimiento de Juan Santos Atahualpa se inscribe en un contexto de rebeliones indígenas amazónicas, es decir, es parte de una tradición de sediciones conocidas, iniciadas tempranamente desde 1637 con la rebelión del curaca Zampati en Quimirí y continuada cada cierto número de años. La sexta rebelión en la Selva Central es la de Juan Santos Atahualpa, en simultánea con los que serían luego sus capitanes: Siabar (1742, curaca de Quisopango) y Perote (1742, curaca conibo). Estas constantes rebeliones permiten constatar

que las reducciones estaban lejos de gozar de un estado “florido” o próspero, tal como afirmaban las versiones franciscanas, sino que evidenciaban un malestar latente y un rechazo al modo de vida impuesto por las misiones. Observa Pablo Macera que las etnias selváticas opusieron mayor resistencia a la evangelización que los andinos y que las misiones franciscanas tuvieron menor arraigo y éxito que las misiones jesuitas, no obstante, hay una ausencia de un cuadro comparativo entre estas dos órdenes religiosas. En la obra se destaca las nuevas fuentes de información que utilizó Enrique Casanto: 1. Las memorias familiares diversas. 2. Las entrevistas. 3. Festividades. La memoria familiar en esta sociedad ágrafa desarrolló un lenguaje simbólico mediante figuraciones, que utilizaban dibujos faciales, vinculado a agrupaciones familiares. Estos dibujos aluden a fenómenos de la naturaleza (huracanes, temblores), animales y árboles, aunque también incluyen sentimientos. Las entrevistas fueron realizadas por Casanto durante las décadas de los 80 y 90 a los más ancianos de las comunidades (rango de 73 a 92 años). (Macera y Casanto, 2009, p.12-13). La última fuente son las festividades consagradas a su calendario determinado por las estaciones y al recuerdo del Rebelde. La fiesta principal era la que se llevaba a cabo en honor a Juan Santos Atahualpa durante el mes de julio y en octubre, a Josecito. Se ejecutaba una danza central llamada *Amasheetaantsi*, en la cual participaba el mismo Juan Santos Atahualpa. Al desaparecer, su lugar lo ocupaban las autoridades de la comunidad y asimismo se aunaban los yaneshas, los piros, nomachiguengas y los yaminaguas. Casanto precisa que antes de la década de los 60 la fiesta convocaba multitudes, no obstante, desde inicios del siglo XIX la fiesta tuvo graves dificultades para

realizarse por las represiones adventistas, quienes han logrado someter religiosamente a la población.

La obra tiene varios aportes muy interesantes. Básicamente, la labor de Casanto se divide en 4 partes: 1) la enumeración de guerreros mitológicos/históricos; 2) la genealogía heroica (Juan Santos Atahualpa y su hijo Josecito); 3) acciones de guerra y de su prédica religiosa; y 4) la acción de Josecito, su gobierno y su prédica. La galería de guerreros es una de los capítulos más bellos del libro, pues atiende una realidad que desborda los parámetros de la lógica occidental y nos sumerge en la cosmovisión asháninka: la conversión de los guerreros en animales, árboles y fenómenos de la naturaleza mediante los rituales mágicos desencadenados por el consumo del tabaco para efectuar sus hazañas bélicas, que no diferencian entre la historia y la mitología. Sin embargo, tenemos reparos en aceptar varios puntos cruciales de la versión asháninka de la rebelión. En primer lugar, la genealogía presentada es demasiado remota (desde mediados del siglo XVIII hasta fines del siglo XX) para ser computada de manera fidedigna solo por un medio oral (Macera incluso observa esta inconsistencia). Esta es la base de la pirámide. En segundo lugar, la evolución de las acciones son diferentes de la versión franciscana (como debe ser en realidad) hasta el punto que los vacíos no son explicables. En efecto, si Juan Santos Atahualpa es asháninka, entonces, ¿cómo se explica que las fuentes franciscanas le hayan atribuido un origen andino y viajes transcontinentales? En la versión franciscana al menos cabe la explicación de una formación jesuita, que posibilitaría un viaje al África (al colegio de la Compañía de Jesús que tenían en San Pablo de Loanda en Angola) y los conocimientos de astronomía, que demostró, según los mismos rumores orales, de predecir eclipses (Loayza: 1940, p. 67-68). Casanto afirma

que el Rebelde tenía raíces andinas y asháninkas. Notó las injusticias que sufrían sus semejantes y viajó al Cuzco, al anexo de Compiroshari, donde convocó una reunión para detallar la insurrección. A partir de allí da una gira en busca de adhesiones. Seis grupos étnicos deciden seguirlo: Nomatsiguenga, Matsiguenga, Piro, Amahuaca, Yaminahuaca y Amarakaire. Sostiene que la primera batalla con los españoles fue en Tarma y hubo muertos en ambos bandos. Las fuerzas del Rebelde regresaron al Cuzco y otras se fueron a Lima, la ciudad de los viracochas, para conseguir nuevos contingentes. Juan Santos Atahualpa fue al Cuzco y allí reclutó fieros guerreros que lucharon contra los españoles e incluso los quemaron vivos. Ninguna de estas supuestas batallas recogidas por Casanto tiene un punto de coincidencia con los informes históricos, ni con las acciones o reacciones de los virreyes. El virrey Conde de Superunda dispuso de puestos de frontera de modo que los indígenas de la selva y los indígenas de la sierra no pudieran establecer contacto. Recordando al investigador Stern las regiones de Tarma y Jauja eran prácticamente fortines militares. Otro punto en conflicto con la versión franciscana es sobre la muerte de Juan Santos Atahualpa. En la versión asháninka fue asesinado como consecuencia de una batalla con los españoles. El Rebelde festejaba una victoria con chicha de maíz y en ese descuido fue atacado. Lograron replegarse, pero el Líder había sido herido de gravedad. Incluso se dio tiempo para dar un discurso político antes de su agonía. Les habló a todos en sus propios idiomas antes del fin (en esto sí concuerda con la versión franciscana en que Juan Santos Atahualpa hablaba varios idiomas). Esta desaparición motivó a los realistas a perseguir a los rebeldes acéfalos. Las fuerzas del virrey entonces aplicaron una estrategia de conciliación, pero fueron derrotados con la magia de los guerreros

tabaqueros en batallas mitológicas. El liderazgo recayó en la viuda Martina Márquez Zumaeta y luego en el hijo tullido de Juan Santos Atahualpa: Josecito, que después de luchar con los españoles que lo perseguían fue un líder de paz hasta su muerte. Según Casanto, los asháninkas han dejado de adorar a sus dioses tradicionales por la prédica de los adventistas, pero no han podido desterrar el recuerdo de Josecito. No obstante, varias preguntas se pueden formular: ¿Por qué solo hemos sabido de Josecito con las recopilaciones de Casanto? ¿Por qué otros investigadores solo recogieron las versiones diversas de la muerte de Juan Santos Atahualpa y no la versión general de su rebelión? ¿Por qué Varese no escuchó de la versión asháninka y no recogió estas novedades de hace siglos? La respuesta requiere nuevos estudios de campo que el futuro deparará.

En síntesis, el Juan Santos Atahualpa asháninka que nos presenta Casanto es tan fantasmal como el presentado por los franciscanos, incluso más porque al menos del último existen documentos de las reacciones de los virreyes para sofocar la rebelión y, por lo tanto, tenemos una línea más o menos segura de los acontecimientos históricos. La versión oral de los asháninkas no nos ofrece corroboraciones; por el contrario, su historia se mezcla con la maravillosa mitología de sus guerreros.

2.6. JUAN SANTOS ATAHUALPA EN LA LITERATURA

El primer escritor en tratar la rebelión y al personaje Juan Santos Atahualpa como motivo literario fue el poeta José Santos Chocano, después de su viaje a la Selva Central en 1899. En la Revista Mensual de Ciencias y Bellas Artes *El Ateneo* Órgano del Ateneo de Lima. Tomo 1. N° 1, presidido por Javier Prado y Ugarteche, editado en julio de 1899, se publicó la primera versión del poema *El*

derrumbe, subtítulo *Poema americano*, compuesto por seis “cuadros sueltos”, como llama a las divisiones separadas por números romanos: I. *El hogar del colono*. II. *Flor de la selva*. III. *El indio ante ella*. IV. *Cóndor herido*. V. *Amor y tempestad*. VI. *El derrumbe*. Son 1345 versos endecasílabos. En este canto se narra una trágica historia de amor en la selva, no obstante, nada se dice de Juan Santos Atahualpa, sino alusiones vagas como “campa” (asháninka) o “Satán de las selvas”. Tenemos que esperar la segunda versión para que la mención al Rebelde sea explícita. Hay un cambio también en el título: *El derrumbamiento* y se reducen los versos a 637 (Sánchez, 1954, p. 261). Se publicó al final de *Alma América* (1906) en Madrid y en París. Esta vez está dividido en dos partes. La primera parte se compone de cinco cuadros titulados: I. *El salmo de las cumbres*. II. *Corazón de montaña*. III. *El hogar del colono*. IV. *Flor de las selvas*. V. *De tránsito*. La segunda parte se conforma por cinco cuadros: I. *La oración de las selvas*. II. *Amor de fiera*. III. *¡Al bosque!* IV. *Tempestad*. V. *Atahualpa*.

Es un poema más narrativo que descriptivo. Después de la descripción poética de la ceja de selva del primer cuadro de la primera parte, aparece el fraile que en medio de la floresta, tenido como un héroe que cristianiza las tribus, encuentra al indio “rey de la tribu”, cuya ambición es tener “entre su mano un día todas las tribus, como un haz de flechas”. Este indio se va con el párroco con el fin de instruirse y poder dar forma a su ambición, que es el detentar el poder político. No obstante, al seguir al cura, en una pausa del camino mientras cazaba, se enamora de una bella joven, hija de un colono. Todo esto ocurre desde el segundo cuadro hasta el quinto de la primera parte. En la segunda parte, el indio se entera de que la chica bella se ha casado con otro hombre y lo que es peor, bendecida por el mismo cura que lo guio a la ciudad. Sus pensamientos entonces

lo conducen al objetivo primigenio. Ya no es Juan Santos, sino Apu Inca. Lleno de rencor mata al sacerdote que casó a la mujer que amaba con otro y que lo alejó de la selva. En el cuadro final, el indio se ha convertido en Juan Santos Atahualpa, quien dio el grito de libertad, que produjo el derrumbamiento de “una raza sobre otra”. Y logró lo que se había propuesto: tener en sus manos todas las tribus como un haz de flechas.

Es la primera obra de ficción en clave poética acerca de la rebelión. El poeta inventa una motivación romántica para intensificar la ambición primigenia del indio Juan Santos, que había sido un líder en su comunidad. En virtud del desengaño amoroso, el amante desventurado emprende con todas sus fuerzas la conquista política y desafía a las autoridades españolas y se declara un monarca inca: Juan Santos Atahualpa. Hay que destacar que el poeta no sigue del todo el guion franciscano: Juan Santos Atahualpa es un campá, es decir, un asháninka. No es un andino foráneo, no obstante, es recreado como un individuo educado en la ciudad, o sea, un sujeto ilustrado, tal como afirman las fuentes indirectas coloniales. Su actitud ante el Rebelde, sin embargo, es la misma que la de los franciscanos y de Riva Agüero: Juan Santos Atahualpa es salvaje, que ha impedido el desarrollo de la ceja de la selva al expulsar a los franciscanos. Por eso lo llama “el rey salvaje” y lo contrapone con el padre, que representa la ciudad (la civilización). Hay que enfatizar que José Santos Chocano supo de Juan Santos Atahualpa de manera coyuntural. Viajó a la ceja de selva para dedicarse al cultivo del café y fracasó en su empresa cafetalera. No obstante, la selva enriqueció su acervo poético y le permitió ensanchar su visión geográfica de América. Otro punto positivo es que estamos hablando del escritor peruano más exitoso y famoso de su tiempo.

Hay que esperar más de cincuenta años para que otro creador tomara la rebelión en la Selva Central como un motivo de inspiración. Nos referimos al padre Conrado Juaniz Q.F.M., quien solía dedicarse en sus ratos de ocio a escribir fantasías basadas en acontecimientos históricos. Su novela *El inca ladino* fue publicada en Madrid en 1960. Se compone de 23 capítulos. La historia es narrada en tercera persona y se inicia con la visita que realizó el párroco Vázquez de Caicedo a Juan Santos Atahualpa. La novela contiene personajes planos, sin espesor psicológico; diálogos convencionales y acciones que se ajustan sin la menor variedad a la versión franciscana. No desarrolla historias paralelas o complementarias. Carece de una investigación profunda acerca de las naciones selváticas o del entorno ecológico de la insurrección. El tiempo es lineal, sin saltos al pasado (analepsis) o al futuro (prolepsis). El narrador parece ignorar todas las posibilidades narrativas desarrolladas a partir de la difusión de Joyce y las magníficas novelas de William Faulkner. En otras palabras, es una novela histórica bastante superficial, escaso vuelo lírico e incompetencia narrativa a nivel de trama y de personajes.

En el campo de la poesía peruana contemporánea, tenemos que esperar más de 80 años para volver a desarrollar como tema a Juan Santos Atahualpa. No obstante, su presencia se ha reducido casi a una mera alusión o unos cuantos versos. El poeta Tulio Mora en su poemario *Cementerio General* (1989) recrea una serie de monólogos de héroes nacionales que hablan desde el mundo irreal de la muerte, como el hombre de Toquepala, Garcilaso de la Vega, Túpac Amaru II, entre otros. El poeta le hace decir a Juan Santos Atahualpa de una manera imaginativa e irónica, pues exige no hacer poesía con él como motivo, dentro de un poema: “No se refieran a mí según los usos de la época, /no me exalten ni

hagan poesía con mi gesta. /Sólo digan que fui hombre como todos.” (Bayer, 2010, p. 66-67).

En la narrativa contemporánea peruana también Juan Santos Atahualpa se redujo a una mera mención, como en la poesía contemporánea. Se trata de un libro difícil de definir porque es texto heterodoxo y transgresor a varios niveles (ortográfico, cultural y ontológico), que mezcla novela, reportaje y documental. Nos referimos a *Las tres mitades de Ino Moxo* (1981) de Cesar Calvo. Se le alude como un antepasado ilustre de uno de los personajes, que aún es esperado por la nación asháninka y que no fue de la sierra, sino autóctono de la Selva Central y que se puso una cushma amarilla antes de morir (Calvo, 2015, p. 74, 91, 111, 231). En una escena de la entrevista, sin embargo, interviene como una mera voz en el aire: “La verdadera luna no se encuentra en el cielo sino en el corazón, en la memoria del corazón.” (Calvo: 2015, p. 200)

Por último, el escritor Dante Castro Arrasco (1959), Premio Casa de Las Américas, en su libro de relatos *Prosa paganas* (2004), en su cuento *In partibus infidelium* menciona también a Juan Santos Atahualpa. El personaje narrador innominado, un novicio franciscano contemporáneo, encuentra en las paredes de la biblioteca de Ocopa un manuscrito en español del padre Lira de 1729 sobre una expedición fallida que acabó en un proceso de antropofagia. Se menciona que los flecheros de Juan Santos Atahualpa –que no coincide con la fecha de la rebelión- provocaron la diáspora, degradación y muerte de los expedicionarios. Asimismo, el narrador mediante el consumo del brebaje de los Shirimpiare logra ver en sus alucinaciones la figura de Juan Santos Atahualpa “vestido de cushma de radiantes dibujos enigmáticos” (Castro, 2004, p. 15-19).

En síntesis, el personaje Juan Santos Atahualpa ha inspirado solo a unos pocos escritores. Ha sido casi exclusivamente tomado en cuenta en el ámbito histórico, no obstante, su presencia e importancia ha sido minimizada por la propia historia oficial de manera que la población promedio, lo desconoce.

CAPÍTULO 3

ANÁLISIS DE LA PRODUCCIÓN

3.1. ELABORACIÓN DEL PERSONAJE JUAN SANTOS ATAHUALPA

Con el conocimiento teórico y técnico de la construcción de los personajes expuestos en el primer capítulo sumado a la documentación histórica, etnológica y literaria acerca de Juan Santos Atahualpa recopilados en el segundo capítulo de nuestro estudio, solo entonces podemos disponer de materiales y criterios sólidos para elaborar un perfil consistente acerca de los personajes históricos que pretendemos recrear.

¿Qué hemos sacado en claro sobre nuestro personaje principal Juan Santos Atahualpa? Ciertamente, coincidimos con Zarzar en afirmar que es una entelequia, pues nada puede demostrarse al respecto de él de manera

fehaciente, sin embargo, lejos de desmoralizarnos por su condición fantasmal es, en realidad una gran ventaja, pues permite un alto grado de libertad creativa condicionada por cierto esquemas recogidos en parte por los franciscanos y en parte por las versiones orales, ya resumidas. En efecto, nos guiaremos para la elaboración del perfil del personaje de Juan Santos Atahualpa por la primera impresión franciscana contenida en las misivas de Fray Manuel del Santo y Fray Domingo García. Allí, no solo se le describe físicamente, sino también se esboza el programa político del Rebelde. Lo llaman indio serrano, vestido de cushma, que dice provenir del Cuzco, donde ha dejado hermanos, uno mayor y dos menores. Masca mucha coca. Tiene poco más de 30 años y afirma misteriosamente que su casa se llama “Piedra”, que viene de Angola y de los Congos. Advierte que se ha aliado con los ingleses. Su objetivo político es recobrar su imperio arrebatado por los españoles y que sus súbditos son básicamente los indígenas. No tiene animadversión por los negros. Exige asimismo un clero autóctono (Loayza, 1940, p. 1-8). De la entrevista que sostuvo con el padre Vázquez de Caicedo sabemos que Juan Santos Atahualpa hablaba de manera fluida el castellano y que sabía el credo en latín. Manifiesta su predilección por los jesuitas (Amich, 1988). Esa información es la base para la construcción del personaje, pues tenemos su origen familia, raza, edad, hábitos, aspiraciones, preferencias e ideología política y religiosa.

Entonces el perfil de Juan Santos Atahualpa se puede determinar de la siguiente manera, siguiendo el esquema de Field como base y adaptándolo a nuestras necesidades, añadiendo nuevos criterios, si es necesario para proceder a caracterizarlo:

VIDA INTERIOR

Es la biografía interna del personaje, que permanece sin narrar, pero que de alguna manera determina sus actos y decisiones en su vida externa. Como la biografía de Juan Santos Atahualpa es desconocida para la historia, podemos contar con un amplio margen para la imaginación. Por ejemplo, el personaje es sin duda un hombre culto, por lo tanto, tuvo una esmerada educación. En consecuencia, fue un mestizo culto que recibió educación jesuita (a los que respetaba y prefería como orden religiosa). Podemos trazar a grandes rasgos una biografía que no hemos escrito en la historia, pero que la mencionamos o se deduce: mestizo nacido en los Andes al finalizar la primera década del siglo XVIII, probablemente en el Cuzco, educado por jesuitas de quien aprendió las noticias de astrología, que luego utilizó para la predicción de eclipses. Con ellos viajó a Europa y al Congo. Esta buena educación jesuita no basta, sin embargo, para explicar su liderazgo. ¿Qué podía haber desencadenado esas cualidades organizativas y metódicas, que despertaron la adhesión de naciones, incluso rivales, en la Selva Central? La respuesta que se nos ocurrió para explicar este magnetismo fue el libro que sirvió de base para la creación de la compañía de Jesús: los ejercicios espirituales. La práctica de los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola desarrolla el autoconocimiento de debilidades y fortalezas que refuerza un modo de vida disciplinado. Este conocimiento de uno mismo se vincula al liderazgo, a una suerte de mística corporativa. Este liderazgo permitió a los jesuitas ser asesores del emperador Ming de China, del shogun japonés o del emperador mongol en la India. Este método convirtió a los jesuitas en los mejores en la administración de misiones y en el establecimiento de la mejor red de centros de enseñanza superior, que alcanzaron un primer nivel de organización y de eficiencia (Lowney, 2003, p. 6-9). Por lo tanto, hicimos que el

personaje de Juan Santos Atahualpa en la novela fuera un asiduo practicante de los Ejercicios, lo que le permitió organizar la rebelión en la Selva Central y unificar a las diversas naciones indígenas. Esta educación jesuita también se demuestra no solo en el liderazgo, sino en la predicción de los eclipses y en la estrategia de aculturación, con los cuales se ganó el respeto y admiración de sus seguidores. Recordemos lo que hizo el jesuita Mateo Ricci en China: no trató de imponer su cultura europea, sino que se vistió a la usanza oriental y dominó el idioma chino. Uno de los discípulos de Ricci predijo un eclipse de sol un día de 1629, lo que les valió a los jesuitas puestos de honor en el observatorio de la capital china. Juan Santos Atahualpa siguió ese modelo, mal que le pese al historiador jesuita Vargas Ugarte: el Rebelde adoptó las culturas selváticas, aprendió sus lenguas y no provocó el rechazo de los líderes ni el de la población, en otras palabras, usó la denominada aculturación. También es famosa su predicción de un eclipse de sol. En efecto, el investigador Albino Carranza de la Sociedad Geográfica de Lima recogió información que publicó en el boletín de la Sociedad el 30 de junio de 1894 acerca de que los conocimientos astronómicos de Juan Santos Atahualpa le otorgaron un gran ascendiente entre los indios. Otra información publicada en el *Comercio* por J. F. Varela señala que estos conocimientos académicos le permitieron un buen grado de control sobre la población nativa, pues el Rebelde los amenazó con no devolverles la luz del día, si no lo seguían (Loayza, 1942, p. 68). Por estas razones, en la novela, pusimos en uno de los anaqueles de la pequeña biblioteca de madera pona, en la choza Juan Santos Atahualpa, el libro *Tablas astronómicas* de Philipo de la Hire.

VIDA EXTERIOR

Field divide la vida exterior en tres componentes ya mencionados. No obstante, nosotros variamos los elementos acomodándolos a nuestras necesidades, puesto que no tiene mayor sentido preguntarse, por ejemplo, por el oficio de Juan Santos Atahualpa. Los hemos dividido en los siguientes basándonos parcialmente en la triple división de Lajos Egri (solo hemos tomado la dimensión fisiológica y la dimensión psicológica):

a) Componente físico (mestizo, de rostro hermoso y varonil, peinado con coleta, fornido de cuerpo, edad madura y vigorosa, unos 30 años; tal vez más alto que el promedio). En otras palabras, utilizando la tipología de Kretschmer ya explicada, Juan Santos Atahualpa posee un tipo atlético. Le imaginamos asimismo un cráneo ipsicéfalo o alargado, nariz grande, cejas pobladas, miembros superiores largos, esqueleto fuerte, músculos desarrollados, manos largas y finas. Su voz es grave. Utilizamos también lo que en el guion cinematográfico se denomina *tag*, esto es, un rasgo característico que distingue al personaje y que no sugiere necesariamente su psicología, como por ejemplo un tic. Nosotros hicimos que se acariciara la barba cada vez que deseara estar solo.

b) Componente psicológico: Sin duda, estamos ante un hombre complejo, que si bien tiene una contextura atlética, posee mucho de un psicotipo esquizotímico. Es un hombre de extremos, que pasa de la alegría a la tristeza, de la compañía a la soledad, es muy susceptible o muy suspicaz: una sensibilidad bipolar. Si se cree una encarnación divina, entonces estamos ante un hombre que se aísla de la realidad o suele aislarse, sobre todo cuando el entorno es adverso y los planes se frustran, como sucedió durante los últimos años de su rebelión. Parece que sus impresiones son más de orden psíquico que sensorial y su intimidad es casi

impenetrable. Es hiperestésico (nervioso, irritable e idealista). No obstante, también posee algunos rasgos ciclotímicos: es sociable y cordial, porque no rehúye las fiestas y se muestra respetuoso, al menos durante los primeros años, con los sacerdotes que osan visitarlo.

Dentro del componente psicológico se atiende el objetivo del personaje: recuperar u obtener el reino del Perú y ostentar el cargo de monarca o inca. ¿Era Juan Santos Atahualpa descendiente de los incas? Imposible saberlo o demostrarlo. En todo caso, merecía serlo por méritos propios. Lo que sí podemos suponer es que era un indio culto, educado en el Colegio de Indios Nobles y Caciques de San Francisco de Borja en el Cuzco (si no fue allí, tal vez en el país que ahora llamamos Ecuador), regentado por los jesuitas, con otro nombre y apellido, oculto tal vez para defender a su familia de la represión española. Su visión moderna de independencia y su rechazo de la realidad colonial y sus graves injusticias hacen posible sospechar que efectivamente tal vez viajó a Europa y a África. Acaso, en esos espacios escuchó rumores independentistas y conversó con los ingleses, que le prometieron una ayuda que nunca se cristalizó. Obtenido con claridad su objetivo en la existencia surgen entonces los obstáculos que detendrán su misión: las tropas españolas, la desunión o indiferencia de las élites andinas, las divisiones internas de las naciones selváticas, las pasiones de sus súbditos, que desencadenarán efectos inesperados y devastadores (Gatica, Cosai e Isabel). Este objetivo es acariciado desde el Colegio. Después de sus viajes a Europa y al África, Juan Santos Atahualpa emprende una gira por el país en busca de adeptos y adhesiones de las élites andinas. En una de esas operaciones es encarcelado en la prisión de la isla conocida como la Piedra, como al final de la novela revela Antonio Gatica.

3.2. EL NARRADOR PROTAGONISTA: COSAI

La elección de un personaje testigo narrador obedeció a una carencia bastante explicable: la enorme dificultad que planteaba el darle voz en primera persona al líder de la rebelión. Entonces recordamos que en los estudios históricos de Alberto Flores Galindo, este anotaba la existencia de un escribiente limeño en la rebelión. ¿Y qué tal si el personaje narrador es un hombre también ladino, mestizo y desarraigado, que funge de escribiente? Así nació Cosai.

Nuevamente, aplicando como base a Field le inventamos una vida interior explicada en su medida más oscura al final de la novela. Fue un niño huérfano, criado por un franciscano hipócrita en las sierras de Huarochirí, que no obstante le empleó como escribiente en su iglesia, es decir, el párroco le procuró cierta educación letrada o una base al menos, que Cosai completó y enriqueció de manera autodidacta. Lector compulsivo y aprovechado de toda la biblioteca conventual es básicamente ateo; conocedor profundo de las miserias del clero es profundamente anticlerical. Sin embargo, este joven aplicado se llega a enamorar de una linda chica del pueblo, llamada María, que al quedar huérfana es atacada sexualmente por el franciscano, a quien Cosai asesina. Desde entonces lleva una vida de prófugo de la justicia y de bandolero desalmado. Durante esas andanzas, se refugia en la ceja de selva y allí conoce a Antonio Gatica, otro hombre inescrupuloso y mercenario. Hacen buenas migas. Ambos se asientan en una de las reducciones franciscanas, casan con mujeres asháninkas y forman una familia.

En la vida interna, nuevamente basándonos en parte en Lajos Egri y en la clasificación de Kretschmer, el componente físico que le atribuimos fue el biotipo leptosómico. Le imaginamos menos o menos la misma edad que Juan Santos

Atahualpa y Antonio Gatica, es decir, en la treintena. Es más blanco que indio. Su talla es superior a la media, el cráneo dolicocefalo, sin tendencia a la calvicie, con tendencia más bien a la barba, rostro anguloso, nariz larga, cejas pobladas, labios finos, abdomen estrecho, miembros superiores exageradamente largos, manos descarnadas y grandes, apto para la fuga.

El psicotipo correspondiente es más complejo, pero es más ajustado a su tipo constitucional. Tiene rasgos esquizotímicos, intermedio entre el hiperestésico y el anestésico, en otras palabras, es frío, enérgico y sereno. Parece no tener emociones y sentimientos (apenas se inmuta al saber de su familia muerta). Exterioriza muy poco, es callado y reservado. Tiende a disimular y a inhibirse (en el juego de lealtades y deslealtades con Antonio Gatica). Para complementar el examen, utilizaremos también la clasificación de Sheldon. Es cerebrotónico. Reprime la expresión corporal y huye de la sociabilidad, por ejemplo, no suele bailar y cuando lo hace, queda en ridículo. Asimismo, es poco práctico, dedicado más a la observación y a la meditación. Es sensible al ruido y sufre de insomnio (en esas caminatas nocturnas descubre las traiciones de Isabel). Tiende a depreciar a sus semejantes, sobre todo, a los asháninkas. Es muy hábil con la escritura y tiene un buen dominio de la lengua española.

El objetivo principal de Cosai es poseer a Isabel, la mujer de su mejor amigo: Antonio Gatica. Este deseo va surgiendo lenta, pero inexorablemente a lo largo de la novela. Sus obstáculos son básicamente sus propios escrúpulos (al menos, al inicio), las dudas o culpas de Isabel, la amistad de Gatica y su lealtad a Juan Santos Atahualpa y a su rebelión. Esta red secreta de pasiones y desplantes irán minando no solo los destinos individuales, sino el mismo rumbo de la rebelión. El entusiasmo y fe que sintió al inicio por Juan Santos Atahualpa van

disminuyendo gradualmente. Esto se observa asimismo en la manera de llamarlo como inca o monarca en los primeros años de la rebelión, entre otros epítetos solemnes; luego lo denominará farsante en las últimas páginas de la novela. Cosai sin saberlo es el adversario de todos, incluso de sí mismo. Es el antagonista por excelencia.

3.3. EL PERSONAJE ANTONIO GATICA

Antonio Gatica, como Juan Santos Atahualpa, fue un personaje histórico real, que había trabajado en las reducciones franciscanas en puestos de vigilancia por largos años, ganándose el respeto o el temor de indios. En realidad, sabemos muy poco sobre él. Algunos autores lo emparentan con el curaca Mateo Asia, como su cuñado. Fue el primer lugarteniente de Juan Santos Atahualpa, según el historiador Juan José Vega, pero según José Amich fue el segundo. En otras palabras, es tan fantasmal como su líder. No obstante, con los pocos elementos que tenemos podemos delinear un personaje.

VIDA INTERIOR

La biografía no contada de manera explícita que le asignamos es la siguiente: antiguo esclavo, peón en varias haciendas al inicio de su vida fue destacando por su fuerza, decisión y brutalidad de modo que ascendió a capataz. Luego, por algún desacuerdo o insubordinación, fugó y se dedicó al comercio y también al bandolerismo ocasional. Es un asesino. De ese modo dispuso de una vasta red de contactos con individuos de toda laya, de quien conocía todos sus secretos. Finalmente, logró establecerse en la Selva Central y colocarse en las reducciones franciscanas, casarse con una asháninka y luego obtener un puesto

de dirección en la rebelión de Juan Santos Atahualpa. Está fuertemente cristianizado, a pesar de todo.

VIDA EXTERIOR

El componente físico: Antonio Gatica tiene aproximadamente la misma edad que su líder y que Cosai. Es un hombre en el pleno vigor de sus fuerzas. Su constitución es atlética, como corresponde a un negro que trabaja de capataz y que despierta el temor a los subordinados. Su estatura es elevada. El cráneo ipsicéfalo. No tiene tendencia a la calvicie. Su cabello es rizado, cejas pobladas, nariz grande y ancha, cuello alto y fuerte, tórax corto y ancho, abdomen dominado en volumen por el tórax, las manos largas y poderosas, pies largos y fuertes. Apto para el baile y para la lucha. Su voz es suave y tiene un modo ceremonioso de hablar.

El componente psicológico es de índole ciclotímica. Es sociable y cordial con los amigos (solo con los aliados), eminentemente práctico. Dentro de la tipología de Sheldon, podemos catalogarlo como somatotónico, es decir, predomina la actividad muscular y el vigor, el afán de dominio y el deseo de poder (por eso acepta ser lugarteniente de Juan Santos Atahualpa), indiferencia ante el dolor de sus víctimas (ha matado personas por motivos nimios sin el mayor remordimiento), ansia por la aventura y agresividad.

No obstante, todas estas enérgicas características Antonio Gatica es la gran víctima en la historia. Su objetivo principal es el triunfo de la rebelión de Juan Santos Atahualpa, esto es, la obtención de una porción importante del poder. Es por ese mismo objetivo que no mata a Cosai al sospechar de su doble juego y desenmascararlo en las orillas del río, porque Cosai, como escribano, secretario

y asesor del Inca es un elemento fundamental en la rebelión y es esa misma decisión de no asesinarlo la que precipita su muerte.

3.4. EL PERSONAJE ISABEL

El otro personaje principal es Isabel Assia. Ella es el objeto del deseo y la manzana de la discordia en la novela.

VIDA INTERNA

Nacida en la segunda década del siglo XVIII es, en realidad, hija de un español, de algún franciscano, probablemente. No obstante, es criada en las reducciones en la familia de Mateo de Assia dentro de la cultura asháninka y amuesha. Es, por tanto, mestiza con rasgos occidentales predominantes. Esa es la explicación de su gran diferencia física con sus hermanas y con las demás chicas de la nación asháninka. En las reducciones donde transcurre su infancia, recibe una educación cristiana y por ello habla correctamente el español. Es poliglota. Adolescente todavía, es casada con Antonio Gatica.

VIDA EXTERNA

Componente físico: Es blanca, no obstante, es criada en el seno de una familia asháninka y amuesha, como ya apuntamos. Apenas sale de la adolescencia cuando ocurre la rebelión de Juan Santos Atahualpa. Es delgada, de cabellos largos y castaños. Tiene ojos grandes y claros.

Componente psicológico: No creemos conveniente utilizar la clasificación de Kretschmer con Isabel, porque no es una delincuente ni un personaje con una conducta desviada. No obstante, en apariencia es una adúltera sin culpas, salvo con Cosai. Parece, en efecto, que su moral es laxa, pero en realidad ella es un

eje de resistencia entre las culturas subordinas y despreciadas (la ashaninka y amuesha) y la cultura dominante (española y católica). Conocedora de la realidad, parece librar una batalla interna, en la que los aspectos ancestrales de sus culturas indígenas tienen un poder gravitante sobre la moral cristiana inculcada desde su niñez: la libertad de la selva contra la servidumbre de las reducciones, el placer sin compromisos contra la represión y monotonía de la institución matrimonial. Es la contraparte de Juan Santos Atahualpa, pues ella también es una rebelde. Se rebela contra la marginación de su cultura. Es por eso que prefiere que la llamen Kaametza y no Isabel. Odia la palabra “campa” o “chuncho”. Es una mujer que lucha por la libertad de su cultura, que la subordina por su lengua y por ser mujer. Su mismo nombre no es casual. Es mítico. Kaametza significa en asháninka *la muy hermosa* y fue el nombre del primer shirimpiáre (Calvo, 1981).

El objetivo de Isabel o, mejor dicho, de Kaametza es luchar por la supervivencia o supremacía de su cultura. Su más grande obstáculo es el fracaso de la rebelión. No obstante, no contaba con la obsesión que ocasionaría en un amante rechazado (ella, que no rechazaba a nadie) no por razones afectivas o físicas, sino por culpa de los remordimientos presentes y temor a los remordimientos futuros: Cosai, es el mejor amigo de su esposo. En realidad, Isabel también es una víctima de las equivocaciones e intrigas de Cosai.

3.5. EL PERSONAJE MESHARI

VIDA INTERIOR

Meshari es un personaje singular y misterioso. Es un tabaquero, un poeta y es un guerrero, educado mucho más en la cultura asháninka que en la cristiana. No

siente aversión por la cultura occidental, sino curiosidad, por ejemplo, por la escritura, que no entiende y desea descifrar. Es el único asháninka que mira con simpatía a Cosai. No es un personaje de conducta desviada, por lo tanto, tampoco usaremos con él la clasificación de Kretschmer y de Sheldon.

VIDA EXTERIOR

Es muy joven, veinteañero. Es también mestizo, acaso hijo del mismo franciscano que fue el padre de Isabel. Por eso son tan parecidos, pero él tira más para asháninka. Su constitución es atlética, talla mediana, cráneo dolicocefalo, rostro de facciones finas, cejas pobladas, cabellos largos y enmarañados, manos delgadas, piel delgada, pies descarnados. Su voz es suave y melodiosa.

Meshari es un shirimpiáre, es decir, un guerrero que al consumir tabaco de manera ritualística es capaz de transformarse en un insecto, animal, planta o fenómeno de la naturaleza, como la lluvia, la neblina, una nube o un temblor mediante una serie de rituales, que incluyen cantos y danzas. No es un shirimpiáre ordinario, sino que es el mejor o el líder de los tabaqueros. Es un conocedor profundo de los saberes misteriosos de los asháninkas, un intermediario del mundo visible y del mundo invisible, conocedor del futuro.

El objetivo principal de Meshari es eludir a la muerte y suprimir el dolor, al menos a su mínima expresión. ¿Pero qué ser no muere ni sufre en el mundo? Su decisión final es transformarse en un árbol de roble, sin dolor y sin consciencia, en un lugar alejado e inaccesible de la selva, como en la cumbre de una montaña, en el Mirador del Inca, construido por Francisco Nanque. Y ese es su destino final.

3.6. OTROS PERSONAJES

Otros personajes secundarios son los guerreros asháninkas del ejército de Juan Santos Atahualpa, los numerosos amantes de Isabel (Krebo, Capablanca solo por mencionar algunos), los franciscanos y jesuitas, los otros lugartenientes del Rebelde, el cornesha Jesús, los guerreros que hostigan al fantasma de Cosai, etc. La galería de guerreros es amplia. Casi todos son tabaqueros, es decir, guerreros que se transforman en diversos otros seres para sorprender a sus enemigos y están basados en la memoria mítica oral de los asháninkas. Estos guerreros tienen por nombre, generalmente, el mismo ser de sus transformaciones, por ejemplo, el guerrero Aroni se transforma en gallinazo, que es lo que significa su nombre en lengua asháninka. Mencionaremos algunos más que tuvieron actuación destacada durante los combates: Casanto, que significa orquídea y que se ocultaba en los troncos, de tal modo que se confundía con los colores de esa flor; Kentzivaró o chotacabras, que solo atacaba de noche, con un mazo de chonta; Shiraitzi o plátano de seda, quien se escondía en los árboles de plátano para atacar a sus enemigos; Nirontonki o mosca, que convertido en insecto se sorprendía al bando opuesto y los asesinaba con una lanza de chonta; Pitororo, el guerrero que podía convertirse primero en una ave y luego en una serpiente cascabel para huir de sus oponentes; Taabantzi, el guerrero que transformado en un ave solo luchaba desde arriba, desde las copas y ramas de los árboles más densos; el Manitzi Otorongo o la hormiga jaguar, el amigo del fuego, que transformaba las balas de los soldados españoles en cientos de hormigas, que nunca dañaban el cuerpo de los indios, etc. (Casanto, 2009, p. 143-249)

El único personaje que no pertenece a la nación de los asháninkas, sino a los amueshas es Jesús. Él es un instrumento para conocer un poco de la cosmovisión e influencia de la nación de los amueshas en la rebelión (el investigador Fernando Santos es quien ha hecho una investigación al respecto en 1980). Una de sus conclusiones es que es la etnia que tiene mayor influencia andina (Zarzar: 1989, 21). Es importante asimismo porque es el asesino material, no intelectual de Juan Santos Atahualpa. Es el tonto útil que encuentra Cosai, de quien es discípulo, para cristalizar su venganza, no obstante, su ingenuidad es casi la de un niño, es decir, la de un sujeto sin discernimiento. Esto de ningún modo es una cualidad o característica de la nación de los amueshas, sino que obedece simplemente a la singularidad de un personaje, que se deja engañar por alguien a quien reconoce autoridad.

Finalmente, Francisco Nanque es el personaje fundamental para Juan Santos Atahualpa. Él no llegó solo a la selva, sino acompañado de este anciano, según las versiones franciscanas. Es su amauta, es decir, su asesor estatal y su sostén moral, pues su presencia ayuda a disminuir sus desordenes, como vemos que ocurre con su muerte: Juan Santos Atahualpa pierde un poco el rumbo, la medida y se entrega a constantes ataques de ira. En efecto, el amauta en el imperio del Tahuantinsuyo tenía una categoría rectora y cumplía una función estatal. Era una especie de *homo intellectualis y moralis* incaico (Valcárcel, 1961, p. 29). Nunca articula ninguna palabra Francisco Nanque, pero su presencia dice mucho. Sus enseñanzas quedan solo en la intimidad de sus conversaciones con el Inca y nunca son expuestas en la novela, mas vemos sus efectos, como por ejemplo, la construcción del Mirador del Inca en el cerro Huacrash.

3.7. LA VOZ NARRATIVA. ELABORACIÓN DEL TIEMPO Y EL ESPACIO. LA REALIDAD EN LA NOVELA: ESTATUTO ONTOLÓGICO

Una vez trazados los perfiles de todos los personajes mediante la caracterización, se seleccionará la voz narrativa o voces que permitirán el despliegue de la trama. La selección deberá tomar en cuenta la dosificación de la información y el punto de vista. Seleccionar la tercera persona o un narrador heterodiegético determina obtener una pluralidad de puntos de vistas y un conocimiento exhaustivo de todos los acontecimientos. Es la selección más abarcadora y recomendable para una novela, sobre todo, una novela histórica o de pretensiones históricas. No obstante, como esta es una novela donde el despecho es el eje fundamental de la historia la tercera persona hubiese resultado demasiado impersonal, fría o distante. Se tenía que usar necesariamente la primera persona para poder expresar la angustia del desamor en su máxima intensidad, es decir, lograr la verosimilitud. Sin embargo, el precio que se pagaba por esta selección era muy alto, pues necesariamente se restringiría el punto de vista a la información fragmentaria y parcial de una sola consciencia: la de Cosai, el narrador personaje. Entonces la solución a esta severa limitación fue la selección de la naturaleza de la realidad en la ficción, con todas sus implicaciones espacio-temporales. ¿Cómo lograr, en efecto, que el personaje Cosai conociera con lujo de detalles las vicisitudes de la rebelión y con una perspectiva, que roza la omnisapiencia, supiera los destinos de todos los personajes? La realidad base o primigenia es un espacio fantástico distinto del mundo real e histórico. Es el mundo de ultratumba. Ese mundo fantasmal se encuentra en el Mirador del Inca, ubicado en la cumbre del cerro Huacrash, que comparte un doble estatuto ontológico: es parte del mundo real y a su vez es una

sección del infierno fantasmal del narrador. No solo es el lugar geográfico donde mataron a Cosai, sino que es la cárcel de su espíritu sin paz. En esta prisión no hay barrotes, sino que está rodeada de niebla, que es la barrera desconocida de su vagabundeo ultraterreno. Sus carceleros son los guerreros transformados en aves (el gavilán Covakitzí, la golondrina Chorivantzi e incluso las nubes que rodean la cumbre (Mencorini). Ellos, personajes eternos y malditos, como él mismo, no obstante, paradójicamente son los que lo salvan de su soledad.

El tiempo de esta cárcel también es particular. Es un tiempo cíclico, pues Cosai vive y revive todos los días su tormento: la muerte del Inca y el recuento doloroso de sus actos pecaminosos mediante el recuerdo de existencia, básicamente, su intervención en la rebelión y su intromisión corrosiva en la relación de Antonio Gatica e Isabel Assia, desde la llegada del Inca a las reducciones hasta su muerte en la cumbre del cerro Huacrash. Es su infierno eterno: una culpa opresiva que lo atormenta por siempre debido a la maldición del Inca durante su agonía. Es un presente purgativo y un presente sempiterno.

La segunda realidad es el tiempo histórico de la rebelión, es decir, desde 1742 a 1752 y unos cuantos años más indefinidos en el que ocurre el asesinato de Juan Santos Atahualpa. Es un tiempo histórico, lineal, cronológico, medible por el calendario y registrado por la Historia y los anales, ocupado por seres humanos sometidos al azar del tiempo, de la muerte y del desgaste, condicionados por su cultura, religión y diversas ideologías y creencias. Es una realidad subalterna y su tiempo es el pasado, pues constituye el recuerdo de Cosai.

Podríamos esquematizarlo así:

REALIDAD 1	REALIDAD 1
------------	------------

ESPACIO DE ULTRATUMBA CÁRCEL DEL CERRO HUACRASH	TIEMPO CÍCLICO PRESENTE
REALIDAD 2 ESPACIO: SELVA CENTRAL (EL GRAN PAJONAL Y ALREDEDORES)	REALIDAD 2 TIEMPO HISTÓRICO Y CRONOLÓGICO

La novela no puede reclamar enteramente un carácter realista por su realidad primigenia; más bien, el ámbito histórico y cronológico está subordinado a un aspecto de carácter misterioso y ultraterreno. Es por ello que se podría concluir que estamos ante una novela fantástica más que histórica.

CONCLUSIONES:

- 1) El personaje, como elemento fundamental dentro de las historias, ha sido materia de reflexión que va desde los clásicos estudios de Platón y Aristóteles hasta nuestros días (Hammon). La reflexión aristotélica acerca de la tragedia tiene un carácter fundacional. Se basa en la concepción mimética de Platón y exige al dramaturgo ser un buen retratista.
- 2) Horacio (65 a. C-8 a. C) mantiene la postura mimética acerca del personaje, pero añade un elemento muy importante en su configuración: la imaginación y libertad en la imitación, que luego retomarían las poéticas románticas.

- 3) La concepción mimética del arte de Aristóteles prevaleció durante los primeros siglos de la historia de la literatura. Así, las preceptivas medievales y renacentistas mantuvieron la noción mimética del personaje subordinado a la trama, aunque ya no era una mera copia de la realidad, sino que se dio licencia a la utilización de la imaginación, sobre todo en los preceptos románticos.
- 4) En el campo teórico y crítico, Vladímir Propp reanudó la preponderancia de la trama, donde el personaje es un elemento más al servicio de las acciones y una mera función en la estructura. En esta misma línea de raíz aristotélica del personaje como agente de la acción se inscribe Greimas, Barthes, Todorov, Claude Bremond, aunque posteriormente ellos giraron la atención puesta en las acciones y pusieron en relevancia la figura del personaje.
- 5) Asimismo, Seymour Chatman afirma que la preferencia aristotélica de los formalistas y algunos estructuralistas que subordinan el personaje a la trama y también a los que sostienen lo contrario es un falso problema. Él mismo concibe al personaje de las narraciones verbales como un signo complejo constituido por una faceta paradigmática y otra sintagmática. Se le puede inscribir dentro de la línea aristotélica.
- 6) La ruptura del paradigma del personaje subordinado a la estructura de la trama en un nivel literario y no en un nivel teórico y crítico se produce con las novelas experimentales del siglo XX. El ejemplo es el *Ulises* de Joyce.
- 7) En el campo de la crítica, una rama del formalismo norteamericano, el *New Criticism* sostiene una postura antimimética porque afirma que la misión del poeta consiste en la creación de nuevos mundos y no tanto en la

representación del mundo fáctico. También teóricos literarios como Martínez Bonati y Doležel defienden una postura antimimética.

- 8) P. H. Hamon asume que el personaje tiene una dimensión semiológica. Según Hamon, existen tres tipos de signos: referenciales, deícticos y anafóricos, de los cuales nacen los tres tipos de personajes: los referenciales (los personajes históricos, por ejemplo, con quienes se puede establecer referencia en el mundo fáctico), los personajes deícticos o personajes-conmutadores en el flujo de la información (son los portavoces, coros, etc.) y los personajes-anáforas, que funcionan como señales mnemotécnicas dirigidos al lector, como predictores (los ejemplos son los personajes informadores de Propp).
- 9) Diversos teóricos literarios y escritores han clasificado los personajes en tipos generalmente duales. Los personajes planos y redondos pertenece a la tipología dual de E.M Foster. Los primeros se limitan a repetir un estereotipo. Los personajes redondos, en cambio, no obedecen a modelos firmes, como los personajes planos, sino que son multidimensionales, imprevisibles, profundos y complejos en aspectos psicológicos, afectivos, emocionales, etc.
- 10) Una tipología tripartita es la de Parsons. Para él, los personajes son objetos no existentes, pero dotados de propiedades espacio-temporales. Divide a los personajes en autóctonos, inmigrantes y sustitutos. Los primeros son los creados por el autor; los segundos, provienen del mundo exterior y los últimos aluden a un ente real, cuyas características fueron modificadas.
- 11) Según el grado de participación del personaje hay dos funciones fundamentales: la función protagónica y la función antagónica, que son funciones estructurales. La función protagónica debe recaer necesariamente

en un personaje, no obstante, la función antagonica, en cambio, puede recaer en una condición política, geográfica o corporal, en fin, en toda entidad que constituya un óbice en la consecución de los deseos del protagonista. Tamayo identifica funciones globales y específicas derivadas de estas dos funciones fundamentales. Distingue 7 funciones globales: la función protagónica, la función antagonica, la función coprotagónica, la función objeto, la función coadyuvadora del protagónico, la función coadyuvadora del antagonico y la función narradora. Las funciones específicas son las que permiten realizar las acciones que definen el carácter y situación del personaje, por lo tanto, son innumerables e inclasificables, pues sus funciones variarán de acuerdo con la idiosincrasia y actividad de cada personaje.

- 12) El concepto de caracterización es lograr la ilusión en el lector de que el personaje recibe y responde a los estímulos de su medio de modo que nos parezca un ser humano vivo. Los procedimientos para lograr la caracterización son los siguientes: la descripción, que cuenta con diversas modalidades como la prosopografía, el caracterismo, la patopeya y la genealogía. En otras palabras, se propone una serie de rasgos físicos, psicológicos y familiares al personaje para dotarlo de una biografía global que permita la verosimilitud. Hay, básicamente, dos tipos de caracterización: la resumida y la escenificada.
- 13) Syd Field aconseja para caracterizar el personaje de un filme dividirlo en vida interior y vida exterior. La vida interior es la vida biográfica desde el nacimiento hasta el momento del inicio de la película, en otras palabras, es lo que no se ve. Es la base sobre la que se construye el personaje. El aspecto

externo es lo que el espectador ve mediante las acciones. Comprende las relaciones que el personaje establece consigo mismo y con los demás. El personaje tiene tres componentes: profesional, personal y privado.

- 14) Lajos Egri desarrolla la triple dimensionalidad del personaje: la física, la social y la psicológica. La dimensión física comprende el aspecto exterior del personaje, es decir, la edad, la raza, etc. La dimensión social abarca su clase social y la dimensión psicológica implica los rasgos de su temperamento y su conducta.
- 15) Creemos también sumamente útil usar para la caracterización de personajes, sobre todo, los que manifiestan conductas antisociales o desviadas las clasificaciones basadas en los denominados biotipos. Dentro de la escuela alemana destaca la doble clasificación de Krestschmer de los tipos constitucionales (leptosómico, pícnico, atlético, displástico y mixto) y los psicotipos (ciclotímico y esquizotímico y el viscoso). La teoría tipológica de Kretschmer es enriquecida con la tipología de la escuela americana de Sheldon. Distingue 3 tipos físicos equiparables a la tipología de su antecesor alemán: endomorfo, mesomorfo y ectomorfo. Y los tipos temperamentales correspondientes: viscerotónico, somatotónico y cerebrotónico.
- 16) En el ámbito de la creación literaria, podríamos conceptualizar la caracterización como la técnica que consiste en conferirle atributos o características físicas, psicológicas y espirituales a uno o más personajes mediante un conjunto de procedimientos concretos, según la modalidad narrativa que más le convenga (teatro, guion cinematográfico, cuento, novela), de modo que se pueda determinar un objetivo o deseo a alcanzar y sus respectivos obstáculos

dentro de un contexto que lo obligue a la acción, con el fin de dotarlo de verosimilitud.

- 17) En síntesis, la conclusión del primer capítulo es que el escritor que aspire a construir personajes con cierta dosis de verosimilitud deberá de conocer la tipología y funciones del personaje en la medida de lo posible. Esto le permitirá configurar un método de caracterización, que desencadene el conflicto dentro de una trama clásica, el establecimiento de obstáculos en la consecución del objetivo u objetivos del protagonista, la elección del lenguaje y del punto de vista narrativo, la configuración del personaje antagonista, la causalidad de la trama, e incluso la claridad del desenlace.
- 18) Hay tres tendencias en la historia del Perú acerca del estudio de la rebelión de Juan Santos Atahualpa. La primera es una concepción negativa de raíz franciscana, pues la rebelión liderada por el nuevo inca fue responsable del caos de las misiones en la Selva Central (José Amich, José de la Riva Agüero, Fernando Rodríguez Tena, P. Bernandino Izaguirre, P. Dionisio Ortiz, etc). Es una tendencia generalmente letrada. La segunda concepción es histórica, algunas veces hiperbólica, nacida de los postulados indigenistas, pues redime la figura del rebelde como un héroe invencible (Francisco Loayza) y otra veces, despectiva (Vargas Ugarte). Entre estos dos extremos, en mayor o menor medida, en el mejor caso en una postura conciliadora u objetiva, vacilan algunos estudiosos desde enfoques no solo históricos (Daniel Valcárcel, Flores Galindo, Juan José Vega, etc.), sino antropológicos o etnológicos (Stefano Varese, Fernando Torres López, Alonso Zarzar) y periodísticos (Mario Castro Arenas). También posee, en líneas generales, un

carácter letrado. Una tercera y última tendencia que podemos agregar es la apoyada en la oralidad. (Pablo Macera y Enrique Casanto).

19) La versión franciscana nace en el contexto de las misiones franciscanas y se caracteriza por su carácter eminentemente letrado. Está dominada por la ideología religiosa. José Amich es su representante fundador. El mérito de José Amich es ver la rebelión como parte de una historia más extensa: la historia de las misiones. Reúne la información dispersa de los sacerdotes y las inserta en una continuidad espacio-temporal. Les confiere una significación cristiana: el movimiento de Juan Santos Atahualpa constituyó un castigo divino. Otro ilustre representante de la visión franciscana es el intelectual limeño José de la Riva Agüero y Osma (1885-1944). Repite la versión franciscana acerca de que Juan Santos Atahualpa como indio cuzqueño y prófugo de la justicia por asesinato. No obstante, le concede una precursoría en el proceso de la independencia del Perú anticipándose a Túpac Amaru II. Por otra parte, el R. P. Dionisio Ortiz continúa la postura franciscana y repite en buena cuenta la versión de José Amich: Juan Santos Atahualpa es un destructor del estado “floreciente” de las misiones. En su narración destacan los calificativos negativos. La rebelión es denominada “trastorno”, el rebelde es llamado “presumido, intruso, fingido, pretendido, de torcidas intenciones” y sus seguidores son “chunchos” o “bárbaros” de un carácter “inconstante y voluble”.

20) La segunda tendencia es la histórica, que es una tendencia académica, científica y letrada. El primer representante de esta versión es la de Manuel de Mendiburu, autor de un diccionario histórico-biográfico (1874-1890). En 1942, aparece otra perspectiva histórica sobre la rebelión de Juan Santos

Atahualpa a cargo de Francisco Loayza. Nos referimos al libro *Juan Santos, el invencible (Manuscritos del año de 1742 al año de 1755)*. Es, en realidad, una recopilación documentaria extraída del Archivo General de Indias de Sevilla y de la Biblioteca Nacional de Lima. No pretende elaborar una historia de Juan Santos Atahualpa, sino que sienta las bases para futuros historiadores. No obstante, el recopilador en sus notas explicativas tiende al elogio hiperbólico, a veces tendencioso o equívoco.

En 1946 se publica el libro *Rebeliones Indígenas* de Daniel Valcárcel. Este texto es de índole histórica y desarrolla la rebelión de Juan Santos Atahualpa dentro de un movimiento de insurgencia nacional indígena. Un gran mérito de este autor es haber incluido la descripción de los campos.

El historiador y sacerdote jesuita Rubén Vargas Ugarte (1886-1975) relativiza la rebelión de Juan Santos Atahualpa. Incluso, cree que no merece la denominación de rebeldía, porque su lucha se restringió a una zona poco habitada. La posición de Vargas Ugarte peca de mezquina. Juan Santos Atahualpa es un antecedente de la rebelión de Túpac Amaru II y su historia debe inscribirse dentro de un largo proceso de insurrecciones del siglo XVIII. Desde una perspectiva antropológica, etnográfica e histórica Stefano Varese (1939) publica su libro *La sal de los cerros. Resistencia y utopía en la Amazonía peruana* (1968). Varese es uno de los autores más completos al historiar la rebelión de Juan Santos Atahualpa, junto con Arturo E. de la Torre. Tiene una visión integral y distingue etapas en el flujo de los acontecimientos históricos, identifica las posturas ideológicas contrapuestas de los autores que han tratado el tema y, sobre todo, conoce a las etnias selváticas desde dentro gracias a la convivencia.

El historiador Juan José Vega (1932-2003) en su *Historia General del Ejército Peruano. Volumen I. Tomo III* (1981) afirma que la rebelión de Juan Santos Atahualpa tuvo un trasfondo social: los campas sumados a otras etnias de menor número habían aceptado, al menos de una manera nominal, el sometimiento a las misiones franciscanas y al cristianismo, pero la conducta de los sacerdotes no era consecuente con lo que predicaban y por eso, sumado al amor a una vida casi nómada y sin explotación, aceptaron seguir a un indio que predicaba libertad.

Mario Castro Arenas publicó en 1973 su libro *La rebelión de Juan Santos*. Es el primer libro que trata de manera exclusiva sobre la historia del Rebelde. Es un texto impactante, que utiliza de manera sintética la información histórica y etnológica de su momento. Tuvo el mérito de poner de moda otra vez al Rebelde de la Selva Central. Sus conclusiones son interesantes, pues solicita reevaluar el significado histórico de la rebelión, subestimada generalmente por los historiadores. Reconoce los vacíos heurísticos acerca del personaje y reclama una mayor investigación en los registros de todos los colegios regentados por los jesuitas para aclarar su filiación con la Compañía.

Al siguiente año de la publicación de Mario Castro Arenas, el investigador Simeón Orellana Valeriano publica *La rebelión de Juan Santos Atahualpa* (1974). Dedicó más de la mitad de su artículo a criticar el libro de Mario Castro Arenas, al parecer, porque no mencionó sus estudios anteriores en la bibliografía. La crítica que hace del libro de Mario Castro Arenas es muy injusta y deleznable.

Alonso Zarzar publica en 1989 su libro *Mito, utopía y milenarismo en el pensamiento de Juan Santos Atahualpa*. Su objetivo es investigar la ideología

del líder. Elabora una serie de perfiles ideológicos, que intentan captar una evolución en sus ideas, basado en las informaciones indirectas de fuente franciscana. Todo parece más bien un esquema forzado.

El historiador Steve J. Sterne publica *Resistencia, rebelión y consciencia campesina en los Andes* (1990). El principal aporte de Stern es la investigación del impacto de la rebelión de Juan Santos Atahualpa en los Andes. ¿Por qué no fue apoyado por las élites andina próximas? La respuesta es que la clase dirigente andina y las autoridades españolas estaban imbricadas en mutuos intereses económicos.

Otro estudio esencial que ayuda a explicar el éxito de Juan Santos Atahualpa en un sector generalmente tenido como marginal en el Perú, como es la selva, es el artículo del historiador Fernando Santos Granero. En su libro *Anticolonialismo, mesianismo y utopía en la sublevación de Juan Santos Atahualpa, siglo XVIII* (1992) plantea la idea de que la selva central estuvo ligada a los Andes Centrales como una pieza clave en la economía. No era un lugar marginal. Santos Granero afirma también que los Amuesha, Ashaninka, Machiguenga, Piro, Shipibo, Conibo y Cashibo conocían la figura del Inca, como un personaje divino, con poderes extraordinarios y un papel civilizador. Nos parece que la importancia de este estudio también radica en ocuparse en la cosmovisión de las otras etnias que siguieron a Juan Santos Atahualpa.

El historiador Alberto Flores Galindo en su libro *Buscando un inca* (1998), en el capítulo III titulado *La chispa y el incendio: Juan Santos Atahualpa* inserta la rebelión dentro del contexto de las utopías andinas. Destaca que para ser

Juan Santos Atahualpa una figura elusiva su presencia tuvo repercusiones concretas prolongadas.

Por último, el historiador Arturo E. de la Torre en su obra *Juan Santos Atahualpa* (2004) dedica un texto íntegro a la rebelión y a la peculiar figura del héroe, tal como en los años 70 había hecho Mario Castro Arenas con una diferencia fundamental: De la Torre tiene una visión histórica más amplia, profunda y sistemática. La postura de Arturo E. de la Torre es una de las más equilibradas y juiciosas: evita los apasionamientos y los prejuicios.

21) La tercera vertiente es la oralidad. El estudio de Pablo Macera y Enrique Casanto se recoge por primera vez en un texto bilingüe la versión de la rebelión de parte de los asháninkas. Pablo Macera se encargó del aspecto histórico y Casanto, como descendiente asháninka, fue el que recogió las tradiciones orales y de su traducción. Su objetivo es dar a conocer las tradiciones asháninkas acerca de sus luchas por su libertad. La galería de guerreros es una de los capítulos más interesantes y bellos del libro, pues atiende una realidad que desborda los parámetros de la lógica occidental y nos sumerge en la cosmovisión asháninka: la conversión de los guerreros en animales, árboles y fenómenos de la naturaleza mediante los rituales mágicos desencadenados por el consumo del tabaco para efectuar sus hazañas bélicas, que no diferencian entre la historia y la mitología.

22) En la literatura el primer escritor en tratar la rebelión y al personaje Juan Santos Atahualpa como motivo literario fue el poeta José Santos Chocano, después de su viaje a la Selva Central en 1899: *“El Derrumbamiento”*. Es un poema más narrativo que descriptivo. Es la primera obra de ficción en clave poética acerca de la rebelión.

Hay que esperar más de cincuenta años para que otro creador tomara la rebelión en la Selva Central como un motivo de inspiración. Nos referimos al padre Conrado Juaniz Q.F.M., y su novela *El inca ladino* (Madrid, 1960). La historia es narrada en tercera persona y contiene personajes planos, sin espesor psicológico; diálogos convencionales y acciones que se ajustan sin la menor variedad a la versión franciscana. Es una novela histórica bastante superficial. En el campo de la poesía peruana contemporánea, el poeta Tulio Mora en su poemario *Cementerio General* (1989) recrea una serie de monólogos de héroes nacionales. Juan Santos Atahualpa tiene la palabra por una brevísima línea. En la narrativa contemporánea peruana también Juan Santos Atahualpa se redujo a una mera mención y a una breve voz. Nos referimos a *Las tres mitades de Ino Moxo* (1981) de Cesar Calvo. Se le alude como un antepasado ilustre de uno de los personajes. Por último, el escritor Dante Castro Arrasco (1959), en su libro de relatos *Prosa paganas* (2004), en su cuento *In partibus infidelium* menciona también a Juan Santos Atahualpa.

En síntesis, el personaje Juan Santos Atahualpa ha inspirado solo a unos pocos escritores. Ha sido casi exclusivamente tomado en cuenta en el ámbito histórico, no obstante, su presencia e importancia ha sido minimizada por la propia historia oficial de manera que la población promedio, lo desconoce.

- 23) El tercer capítulo es la aplicación de la teoría del personaje y la documentación histórica para la elaboración de los perfiles de los personajes de la novela. Para ello se ha utilizado la técnica de caracterización de Field que divide la vida de los personajes en vida interior y vida exterior. La vida interior es la biografía implícita del personaje. No necesariamente se escribe

en la ficción, sino que puede permanecer en las sombras, en las informaciones indirectas o conjeturales. La vida externa se divide en tres subcomponentes: el profesional, el personal y el privado. Nosotros los hemos cambiado a dos: el físico y el psicológico inspirados en la caracterización de Lajos Egri. De esta manera hemos procedido con la gran mayoría de personajes para la elaboración de sus fichas: Juan Santos Atahualpa, Cosai, Antonio Gatica, Isabel, Jesús, Francisco Nanque, etc. La selección del personaje narrador Cosai como voz en primera persona determinó la dosis de la información y el especial estatuto espacial y temporal de la novela: un espacio fantástico primigenio desde donde el fantasma de Cosai vive un tiempo circular.

BIBLIOGRAFÍA

Primaria:

VILLANUEVA, José. (2015). *El fuego en la niebla*. Lima, Perú: San Marcos.

VILLANUEVA, José. (2019). *El fuego en la niebla*. Virginia, EEUU: Editorial Raíces Latinas.

Secundaria:

AMICH, José. (1988). *Historia de las misiones del convento de Santa Rosa de Ocopa*. Iquitos, Perú: Monumento Amazónica.

ARISTÓTELES. (2000). *La poética*. Madrid, España: Biblioteca Nueva.

BAYER, Leslie. (2010). *The Poetics of Revision: Tulio Mora's Cementerio General. A Journal on Social History and Literature in Latin America*. Vol. 7. N° 2. 52-79.

https://projects.ncsu.edu/project/acontracorriente/winter_10/articles/Bayers.pdf.

BONILLA, José. (1971). *La revolución de Túpac Amaru*. Lima, Perú: Ediciones Nuevo Mundo.

CALVO, CÉSAR. (1981) *Las tres mitades de Ino Moxo y otros brujos de la Amazonía*. [2ª]. Lima, Perú: Peisa.

CASTRO, Mario. (1973). *La rebelión de Juan Santos*. Lima, Perú: Milla Batres.

CHOCANO, José. (1954). *Obras completas*. México D.F: Aguilar.

DAGER, Joseph. (1995). *Conde de Superunda*. Lima, Perú: Brasa.

DOLEŽEL, Lubomir. (1997). *Mímesis y mundos posibles*. En *Teorías de la ficción literaria*. (pp. 69-94). Madrid, España: Arcos/libros.

EGRI, Lajos. (2009). *El arte de la escritura dramática. Fundamentos para la interpretación creativa de las motivaciones humanas*. Ciudad de México, México: UNAM.

FIELD, Syd. (2002). *El libro del guion, Fundamento de la escritura de guiones*. [7ª]. Madrid, España: PLOT.

- FLORES, Alberto. (1998). *Buscando un inca*. Lima, Perú: Horizonte.
- GARCÍA, José. (2011, mayo 7). *Semiología del personaje literario* [Blog]. Recuperado del <http://vanityfea.blogspot.com/2011/05/semiologia-del-personaje-literario.html>.
- GARCÍA- PABLOS, Antonio. (2003). *Tratado de criminología* [3ª]. Valencia, España: Tirant lo Blanch.
- HORACIO. (2006). *Arte poética (Epístola a los Pisones)*. Lima, Perú: Studium Veritatis.
<http://studium.ucss.edu.pe/index.php/SV/article/view/167/149>
- JARA, Cronwell. (2003). *Arte de cazar dragones. Manual y método para escribir cuentos para niños*. Lima, Perú: San Marcos.
- LOWNEY, Chris. (2005). *El liderazgo al estilo de los jesuitas*. Bogotá, Colombia: Norma.
- LOAYZA, Francisco. (1942). *Juan Santos, el invencible*. (Memorias del año de 1742 al año de 1755). Lima, Perú: Los Pequeños Grandes Libros de la Historia Americana.
- MACERA, Pablo & Casanto, E. (2009). *El poder libre asháninka. Juan Santos Atahualpa y su hijo Josecito*. Lima, Perú: USMP.
- MCKEE, Robert. (2009). *El guion*.
<https://tfreites.weebly.com/uploads/2/6/3/8/26387211/el-guion-robert-mckee-pdf.pdf>.

- MENDIBURU, Manuel de. (1960). *Diccionario histórico biográfico peruano*.
Primera parte. Tomo XIV. Lima, Perú: Egesa.
- MILLONES, Luis. (1995). *Perú colonial: de Pizarro a Túpac Amaru II*. Lima, Perú:
Fondo Editorial de Cofide.
- PROPP, Vladimir. (1981). *Morfología del cuento* [5ª]. Madrid, España:
Fundamentos.
- O'NEILL, Eugene. (1945). *El emperador Jones. Antes del desayuno* [2ª]. Buenos
Aires, Argentina: Biblioteca de bolsillo.
- O'NEILL, Eugene. (1947). *Nueve dramas. Tomo I*. Buenos Aires, Argentina:
Sudamericana.
- O'NEILL, Eugene. (1959). *Una luna para el bastardo* [2a]. Buenos Aires,
Argentina: Sudamericana.
- O'NEILL, Eugene. (2011). *Largo viaje hacia la noche* [7a]. Madrid, España:
Cátedra.
- ORELLANA, Simeón. (1974). *La rebelión de Juan Santos o Juan Santos el
Rebelde*. Huancayo, Perú.
- ORTIZ, Dionisio. (1961). *Satipo, Pangoa, Gran Pajonal*. Lima, Perú: San Antonio.
- RIVA Agüero, José de la. (2010). *Paisajes Peruanos*. Lima, Perú. Empresa
Editora El Comercio.
- SÁNCHEZ, Fernando. (1998). *Teoría del personaje narrativo (aplicación a El
amor en los tiempos del cólera)* en *Didáctica. Lengua y Literatura*. 10 (79-
105).

<https://revistas.ucm.es/index.php/DIDA/article/view/DIDA9898110079A>

VALCÁRCEL, Daniel. (1946). *Rebeliones indígenas*. Lima, Perú: 1946.

VARESE, Stefano. (2010). *La sal de los cerros*. [4.^a Ed.]. Lima, Perú: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

VARGAS, Mario. (1997). *Cartas a un novelista*. Barcelona, España: Ariel.

VARGAS, Rubén. (1966). *Historia General del Perú IV*. Lima, Perú: Carlos Milla Batres.

VEGA, Juan. (2004). *El Perú: historia de sus luchas libertarias*. Lima, Perú: Universidad Nacional Enrique Guzmán y Valle. La Cantuta.

TAMAYO, Augusto. (2016). *El guion de ficción audiovisual*. Lima, Perú: Argos.

TORRE, Arturo. (2004). *Juan Santos Atahualpa*. Lima, Perú: PUCP. Fondo Editorial.

SANTOS, Fernando. (1992). *Anticolonialismo, mesianismo y utopía en la sublevación de Juan Santos Atahualpa, siglo XVIII*. En *Opresión colonial y resistencia indígena en la alta Amazonía*. Quito, Ecuador: Cedime.

STERN, Steve. (1990). *La era de la insurrección andina, 1742-1782: una reinterpretación*. En *Resistencia, rebelión y consciencia campesina en los Andes*. (pp.50-81). Lima, Perú: IEP.

ZARZAR, Alonso. (1989). *Mito, utopía y milenarismo en el pensamiento de Juan Santos Atahualpa*. Lima, Perú: CAAP.

